

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

es peligroso saber demasiado

vic logan



Para la inmensa mayoría de los occidentales, los chinos han sido siempre considerados como una raza inferior, incapaz de competir con los blancos en casi ningún terreno. Para muchos, esos seres pequeños y amarillos siguen siendo personajes de chiste, de chascarrillo fácil, aptos para la burla despiadada.

Y esto ha sido así durante siglos. Los «Oh, poderosos occidentales» éramos, nos creíamos la raza privilegiada y como tales manteníamos a nuestros hermanos sumergidos en el olvido, adormecidos en las inmensidades de Oriente. Pero ¿y ellos? ¿Qué pensaban de nosotros? Pues muy fácil. Pensaban exactamente lo mismo que nosotros de ellos.



Vic Logan

Es peligroso saber demasiado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1260

ePub r1.0

Lds 12.06.18

Título original: *Es peligroso saber demasiado*

Vic Logan, 1974

Cubierta: Jorge Sempere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Para la inmensa mayoría de los occidentales, los chinos han sido siempre considerados como una raza inferior, incapaz de competir con los blancos en casi ningún terreno. Para muchos, esos seres pequeños y amarillos siguen siendo personajes de chiste, de chascarrillo fácil, aptos para la burla despiadada.

Y esto ha sido así durante siglos. Los «Oh, poderosos occidentales» éramos, nos creíamos la raza privilegiada y como tales manteníamos a nuestros hermanos sumergidos en el olvido, adormecidos en las inmensidades de Oriente. Pero ¿y ellos? ¿Qué pensaban de nosotros? Pues muy fácil. Pensaban exactamente lo mismo que nosotros de ellos.

Es decir, para los chinos, sus antiquísimas tradiciones las consideraban muy por encima de las nuestras. Para ellos, los extravagantes éramos nosotros. Bárbaros e incultos, advenedizos en un mundo cuyo centro era exactamente Oriente. Los ridículos, los raros, los extravagantes eran todos los seres de Occidente.

Bien cierto que su pobreza era predominante y el nivel de vida medio —descontando a los opulentos— era muy inferior que el de cualquier país incluso subdesarrollado. Y todo ello a causa de nuestro olvido, de nuestra culpa. De nuestra estúpida soberbia.

Y ahora lo estamos pagando con creces.

Me explicaré.

Un cierto refrán dice poco más o menos: «Si quieres vencer a tu enemigo, conócele primero».

Pues bien, los chinos han conseguido conocernos bien. Han mandado a sus hijos a las Universidades de Occidente. Los centros de enseñanza superior de dos continentes. —Europa y América— se han visto bien nutridos de representantes del Celeste Imperio, y así,

en una labor callada de años, esos hombres de Oriente han aprendido a conocer nuestros defectos y nuestras virtudes. Conocen nuestra fuerza y nuestros puntos débiles.

¿Por qué se afana en triunfar el hombre occidental? ¿Qué persigue con su riqueza, con su afán de amontonar dinero?

La respuesta es fácil. Persigue su propio bienestar. Pasarlo lo mejor posible, vivir en medio del máximo confort y sobre todo del placer.

Placer.

Eso es. Placer, palabra mágica. Placer.

Un buen día los chinos dijeron: «Les venderemos placer. Porque nosotros tenemos grandes fábricas de ello.»

Los insignificantes chinos, los risibles amarillos, los míseros hombrecitos aptos para el chiste fácil... ¡Sí, sí! Grandes fábricas de placer, o si se prefiere llamarlo con más propiedad: grandes campos de placer. Plantas mágicas de cultivo fácil que producen cosechas para abastecer a todo el mundo. Plantas que posteriormente se «arreglan», se destilan y se convierten en polvo, en líquido, en tabletas, en tabaco, en... placer.

La ciencia tiene varios nombres para especificar cada uno de los preparados que se pueden obtener con esas plantas. El vulgo las conoce con un nombre genérico: Drogas.

El azote del último tercio de nuestro siglo. El auténtico enemigo público de la humanidad de Occidente. ¡Je!

¿Pero cómo puede ser enemigo lo que crea la naturaleza para nuestro goce? Pues sí lo es. Enemigo porque los abusos matan, enemigo porque si no matan adormecen. ¿Comprenden? ¿Empiezan a vislumbrar la gran ofensiva china?

Sí, sí... Pretenden hacer con nosotros lo mismo que hicimos con ellos.

Adormecernos... a base de placer.

Éste es el gran peligro que vislumbraron enseguida los sesudos gobernantes de todas las naciones occidentales, porque vieron que con una sociedad adormecida los chinos pasarían a ser los amos.

Bueno. En principio si el problema fuera tan sólo la droga en sí quizá podría encontrarse la solución, pero ¡ah, amigos!, esas plantas casi gratis en su principal país de origen sufren sustanciosos aumentos al pasar de mano en mano, hasta llegar a precios casi

prohibitivos para el adicto, pero ya se sabe, el placer hay que pagarlo y sobre todo cuando ya no es posible dominar el vicio.

El negocio ha enriquecido y enriquece «y seguirá enriqueciendo» a muchos en la medida de su participación en él. Cuando hay dinero en juego, y la droga es el negocio más fabuloso de nuestra época, es muy difícil cortar por lo sano. Quienes ven peligrar la forma fácil de llenar sus bolsillos, lucharán a muerte para no perder el «chollo». Bien, pero al margen de intereses egoístas, existen hombres entregados al estudio, científicos que queman sus cejas aislados en laboratorios que investigan, sacan fórmulas, hacen pruebas. Sin ellos la humanidad estaría todavía en pañales, pero el esfuerzo de unos pocos para el bienestar de unos cuantos es lo que ha dotado a los mortales de constantes avances y los nuevos medios, los nuevos descubrimientos sirven para facilitar el advenimiento de otros en la desenfrenada carrera para conseguir extraer el máximo partido de las posibilidades de nuestro planeta.

Uno de esos hombres, el profesor Mercier, en unión de otros tres científicos consiguió un sensacional descubrimiento: La antidroga. Bueno. Éste podía ser el nombre vulgar. En términos científicos, el producto venía a ser algo así como el alcaloide artificial para contrarrestar las reacciones negativas del estupefaciente y algo más... Pero sigamos al propio Mercier en su primera y única declaración a través de la televisión, en su emisión especial del 12 de enero de 1973. —Nada es seguro todavía. Está en período de experimentación— aseguró.

—Profesor Mercier. Supongamos que las pruebas resultan positivas.

Puede avanzarnos el alcance de su descubrimiento.

—Es muy sencillo y a muchos les parecerá hasta improbable, pero estoy seguro de conseguirlo porque nuestra base de operaciones es el organismo humano.

—Sí, profesor. Siga usted. Estamos convencidos que sus declaraciones interesan a todo el mundo.

—Verá usted... como casi todo el mundo sabe... la naturaleza humana es a menudo una gran desconocida para nosotros. Incluso para los propios médicos. Cada día se producen casos que confirman lo poco que aún sabemos de nuestro propio cuerpo. Las reacciones producidas por un virus o por un producto son distintas

según el sujeto.

—Perfectamente, profesor.

—Pues bien... Un drogadicto, o un habitual de la pastillofilia no empieza nunca su hábito a dosis masivas porque si lo hiciera su organismo no lo resistiría.

—O sea que un drogadicto empieza por cantidades exiguas.

—Sí. A menudo para probar y ello le sumerge en un mundo irreal en el que se encuentra a gusto y por ello vuelve a probar. Al cabo de algún tiempo aquella pequeña dosis le resulta insuficiente y la aumenta. Resumiré... Al cabo de un largo período las dosis de los habituales a la medicación o a los narcóticos pueden tomar cantidades masivas por el simple hecho de que el organismo se ha habituado por completo a esas dosis masivas y las admite. Dejando aparte los nocivos efectos secundarios en el cuerpo humano, trato de demostrar con axiomas sabidos de que el organismo es capaz de autodefenderse de los ataques por elementos extraños.

—Bien. Estamos preparados para la autodefensa. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Exactamente. El organismo animal no combate el medio ambiente, se habitúa a él. Y ahí radica la importancia de la antidroga.

—Nos tiene sumidos en un auténtico suspense, profesor.

—Nada más lejos de mi intención. Trato de decir que si con una dosis de determinado producto, nuestro organismos se lubrica, puede resultar totalmente inmune a las drogas.

—¿Inmune?

—Exacto. Ningún narcótico surtirá efecto sobre el sujeto. Es decir que cualquier alucinógeno que se ingiera no producirá efecto por lo que automáticamente carecerá de utilidad práctica el ingerirlo.

—Si consigue el éxito, profesor Mercier, habrá conseguido borrar del mapa de nuestro quehacer cotidiano la temible plaga que representa la expansión de la droga.

—Sé lo que significa y al respecto ya he recibido varias peticiones de diversos países para poner en un período de práctica ese descubrimiento. —Es lógico, profesor.

—Sí, pero aún no es tiempo de experimentar públicamente, por eso la fórmula no puede ser dada a la publicidad. Tal vez dentro de

unas semanas sea posible...

—Concretando, profesor... Unas gotas de su preparado en los consumos de uso diario bastarían a todo el mundo para ser inmunes a los efectos de cualquier droga nociva.

—Pues sí. Y sería completamente inocuo para el cuerpo humano. Claro está que su aplicación dependería de las resoluciones de los respectivos gobiernos. Mi misión no es la de obligar a los humanos, sino la de investigar para su bien.

—Un trabajo muy loable el suyo, profesor.

—No estoy solo en ello y por eso quiero citar a mis colegas, Brahum, Wistel y Polak, excelentes compañeros e infatigables trabajadores. —No alegraríamos, profesor, que su labor terminara con el imperio de la droga, anulando por completo todo enriquecimiento de esos criminales traficantes de la salud humana.

Ya han oído al profesor y conocen su hipotético invento.

Pero... Si la cosa daba resultado... ¿Cómo reaccionarían los peces gordos que mueven el tinglado de la droga y se llevan la parte del león?

Bueno... Seguramente por aquel entonces se mantenían a la expectativa, pero...

Un mes más tarde. El 12 de febrero, un portavoz de laboratorio privado de Mercier anunció que las pruebas de su descubrimiento eran positivas y los periódicos rotularon titulares como éstos: «En el Hospital General, cinco drogadictos han sido totalmente recuperados.

»Cinco iniciados en la heroína han dejado de inyectarse después de haber sido tratados con la fórmula en experimentación del doctor Mercier».

En rueda de Prensa realizada con uno de los habituados, éste manifestó:

«—La heroína ha dejado de producirme el efecto normal. Me inyecto y como si nada... No importa la dosis. De veras. No noto nada». Éste era el inicio de algo grande. El triunfo de Occidente, la batalla ganada por el sentido común contra los traficantes de la salud pública. Y otro drogadicto:

«—Es curioso... No me produce nada. Y me siento bien... No necesito la droga. Y no me avergüenzo en confesar que antes me drogaba... Creo que hubiese terminado muy mal...».

Había gente escéptica y muchos que preferían no someterse a prueba alguna y seguir ingiriendo alucinógenos para no perderse los momentos de placer artificial.

Otros querían apartarse del vicio y se ofrecían voluntarios para el experimento de deshabituación.

Por fin estaban los que «querían probar sensaciones nuevas» y probaban también...

En el mes de abril se daban cifras concretas sobre un abundante número de deshabituados que lo habían confesado, pero había que contar con los que preferían mantenerse en el anonimato tales como jefes de empresa, hombres de negocios, personajes de la nobleza. En fin, drogadictos vergonzantes cuyos nombres jamás se supieron pero que habían hecho esfuerzos para zafarse del vicio y... ¡lo habían conseguido! Gracias a la fórmula de Mercier.

En las listas jamás publicadas de las ventas de alucinógenos, sólo en París, comenzó un notable descenso, tan notable que comenzó a cundir la alarma, primero entre los soldados rasos de la distribución, luego pasó a los bajos mandos y de allí a los jefes de grupo.

El descubrimiento del siglo amenazaba con abortar un negocio fabuloso. Los gerifaltes no estaban dispuestos a perder la partida... —¿Quién conoce esa fórmula...?— pudo ser la pregunta de un Von, un Van un *Herr*, un Don, un *Monsieur* o un Míster.

—Nadie. Sigue estando en un plano de experimentación...

—Existe peligro de que se cree una sicosis colectiva.

—Todo el mundo seguirá consumiendo drogas, «señor». Perderemos unos clientes pero nacerán otros adictos...

—Es posible... Pero si los gobiernos deciden usar esa fórmula mezclándola con alimentos y bebidas, nadie sentirá necesidad de buscar el placer... Es absurdo pensar que llegue a suceder, pero... Mercier y su gente comenzaban a poner en peligro el negocio de unos magnates.

El poderoso siempre se come al débil. Es la ley de la selva. La ley de los humanos..., de los animales racionales que no pueden escapar a este principio aun creyéndose los reyes de la creación.

—¿Quién más conoce su fórmula, profesor Mercier? —inquirió un periodista que se entrevistó personalmente con el hombre que empezaba a ganarse a pulso la fama de ser el número uno de

Francia—. La fórmula no ha salido del laboratorio. Es secreta. Es pronto... Aún faltan muchas pruebas...

Y alguien en «alguna parte» murmuraba:

—Hemos hecho las indagaciones precisas... Mercier dice la verdad. La fórmula sólo la conocen los cuatro científicos.

Y «El señor» pidió:

—Quiero una lista completa de la familia y los amigos de cada uno de ellos.

Un maquiavélico plan estaba en marcha.

En el mes de junio del mismo año, el profesor Polak que viajaba con su esposa en dirección a la Costa Azul a fin de tomarse unas vacaciones tuvo un accidente. Su automóvil parece que derrapó en una curva y tras destrozar la valla protectora saltó por un precipicio de cuarenta y tres metros de altura. De nuevo los periódicos:

*«MATRIMONIO MUERTO AL DESPEÑARSE EL AUTOMOVIL
EN QUE VIAJABAN»*

Polak era uno de los científicos. El accidente pareció casual.

En el mismo mes de junio, justo en el día de San Pedro, Shano Wistel, otro de los científicos, aguardaba el metro en la estación de St. Germain, cuando en medio de una avalancha cayó a la vía.

—¡Cuidado!

El convoy entraba en la estación.

Hubo un grito unánime por parte de quienes ya nada podían hacer para evitar lo inevitable.

Chirriaron los frenos, pero era tarde. Wistel quedó destrozado. Al día siguiente y durante el entierro de su colega, el alemán, Brahum, compañero de los anteriores fallecidos, se sintió repentinamente indispueto.

—No... No es nada... En casa se me pasará... Creo que he trabajado mucho últimamente —murmuró a los 1 que le ayudaron.

Murió en el coche del profesor Mercier cuando le llevaba a casa.

Más tarde, el forense dictaminaba:

—El corazón. No hay duda.

No sé si la policía había abierto los ojos respecto de esas tres muertes. En cualquier caso yo me enteré por conducto de Paul

Laforge. Fue él quien vino a verme a mi despacho.

Sus palabras después de exponerme el asunto fueron bien concretas.

—Mercier será el siguiente. Yo quiero evitarlo. Necesito su ayuda.

* * *

Acepté...

¡Oh, sí! Permítanme que me presente, soy detective privado... Me llamó Michele Preston...

Soy medio francés y medio inglés, pero eso no cuenta ahora. La verdad es que el caso me interesaba y tenía poderosas razones para aceptar el encargo de Paul Laforge. Paul estaba prometido con la hija del profesor Mercier, la señorita Claudine, una hermosa muchacha que veraneaba en la costa española. Estábamos en pleno mes de julio.

CAPÍTULO II

Paul Laforge tenía 28 años, era un deportista aficionado a la ciencia. ¿Extraña mezcla, no?

Bueno. En realidad Paul Laforge vivía de una pequeña renta y se ayudaba con algunos artículos que escribía en los periódicos. Sí. Tenía aficiones literarias también y hasta había publicado un libro enjuiciando los abusos de la resistencia francesa.

Paul había tenido que ver con un *affaire* político, sobre todo en pro de los estudiantes y anduvo a palos con la policía. Paul pues no confiaba demasiado en la ley escrita. Bueno, no confiaba en los hombres encargados de aplicarla. Por eso recurrió a mí.

—¿Usted ayuda al profesor? —le pregunté.

—Sí. Y me encanta hacerlo.

—Bien —sonreí—. En este caso y aceptando que esas muertes obedezcan a un plan criminal, usted puede ser también uno de los candidatos a la tumba.

Contestó rápidamente.

—Ya he contado con ello.

—Usted es de los que saben defenderse a sí mismos.

—Más o menos.

—¿Y la hija de Mercier?

—De Claudine me ocuparé personalmente —respondió siempre con la misma seguridad.

—Bien. Entonces usted quiere que me convierta en la sombra del profesor Mercier.

—Hasta que llegue a los Estados Unidos.

—¿Tiene que viajar?

—Sí.

—¿Por el asunto de su descubrimiento?

—Tiene que viajar. Simplemente —respondió tajante Paul.

—Y una vez en el país del dólar...

—Allí terminará su misión —volvió a cortarme Paul Laforge—. Bien... Me interesa —repuse sin preámbulos—. También tengo amigos en los Estados Unidos.

—Insisto en que su misión terminará en el aeropuerto Kennedy de Nueva York. De allí el profesor seguirá rumbo a California, pero de su custodia cuidarán otros.

Dadas sus malas relaciones con la policía me abstuve de preguntarle por qué no requería ayuda oficial.

Paul, ante unos breves segundos de silencio, ganó tiempo sacando su talonario de cheques y estampando su firma después de haber puesto una cantidad en el papel y someterla a mi consideración.

—Es usted un hombre que sabe pagar por lo que desea. Me ofrece más o menos lo que yo le hubiera pedido.

—Lo celebro. Odio las discusiones —me contestó con la misma frialdad de siempre.

—¡Un momento! —le interrumpí antes de que abandonara mi despacho—. ¿Por qué ha recurrido a mí?

—Tiene en su haber dos casos célebres. Yo siempre estoy al corriente de lo que me interesa. ¿Satisfecho?

CAPÍTULO III

Las andanzas de Paul Laforge lejos de mí despacho puedo narrarlas ahora gracias a los informes que poseo, por eso entraré en ellas sin necesidad de aparecer, puesto que mi misión se centra exclusivamente en la protección del profesor desde el instante que fui contratado para ello hasta su llegada al aeropuerto.

Conociendo a Paul Laforge es sumamente fácil, con un poco de imaginación, conocer su forma de hablar, sus reacciones, su forma de expresarse y hasta su modo de andar.

Paul, con su peculiar estilo, con su frialdad, con la absoluta seguridad de que hacía gala cuando hablaba de cosas «en serio» no parecía un personaje humano, sino un ente salido de la ficción de un novelista.

Tenía reflejos rápidos, muy rápidos...

Un día antes de que el profesor Mercier viajara a los Estados Unidos, Paul estuvo trabajando con él.

—Me reuniré con Claudine en España.

—Cuidala, Paul. Sé que puedo confiar en ti —repuso Mercier. Adolphe Mercier, sesenta años, vigoroso de aspecto cansino, pero de mente rápida, sabía que Paul era el hombre que convenía a su hija. A la mañana siguiente el propio Paul acompañó al profesor a Orly. Yo estaba mezclado entre el público con mi billete para el mismo vuelo que el científico.

Más tarde, a través de la ventanilla de mi asiento en el avión, observé a Paul en la terraza de la que no se movió hasta que el aparato de la Air France remontó el vuelo con destino a los Estados Unidos.

Pero entretanto..., volvamos con Paul. Después de todo, él, en cierto modo, es un importante protagonista de esta historia...

Paul tomó el coche con el que había llegado a Orly acompañando al profesor y regresó al centro de París. Es decir, fue directamente a la estación.

Tenía un billete de ferrocarril para Toulouse en el «Capitole». No viajó solo, su reserva estaba al lado de una muchacha a la que saludó sin apenas mover los labios y ella a su vez preguntó:

—¿Algo nuevo?

—No —se limitó a responder Paul.

París-Toulouse. Seis horas menos cuatro minutos.

Paul y la muchacha comieron en un restaurante en mesas separadas. Ella marchó primero en un autobús de línea de cercanías. Paul alquiló un coche para proseguir su viaje a España.

En Narbona, libre de miradas indiscretas, Paul entró en un bar para tomar un *whisky*. Allí estaba la misma muchacha que había viajado hasta Toulouse con él. Paul fue a su encuentro.

—Bien, Claire, ahora ya podemos viajar juntos hasta Sitges.

Entretanto mi avión había llegado ya al antiguo aeropuerto de Laguardia. —Kennedy— y el profesor Mercier seguía sin novedad. No había tomado nada de lo que las azafatas ofrecían en el vuelo, tampoco era fumador. Pasó todo el viaje enfrascado en la lectura de un viejo libro que cerró y metió en su cartera de mano antes de descender del avión.

—Voy en tránsito para California. Los Ángeles es mi destino —le oí decir.

—No importa, tiene que pasar la aduana. Después tomará un vuelo doméstico —le informaron.

Seguí al profesor entre la inmensa oleada humana del aeropuerto neoyorquino.

Le vi pasar la aduana. No le abrieron siquiera la maleta donde llevaba su equipaje, poca cosa. Mercier no era presumido, un traje de repuesto, mudas, pañuelos, apenas nada. Abrió la cartera de mano que cerró enseguida.

Me fijé en un hombre que fumaba un cigarrillo distraídamente bajo el gran reloj próximo a los de la aduana.

Pensé que era mi sucesor, el que habría de protegerle durante su estancia en Estados Unidos.

Me sonreí. Aquel hombre, por más disimulo que pusiera, indudablemente estaba esperando a alguien.

Sí. Es algo que se olfatea entre los del oficio.

No me equivoqué. El individuo no perdió de vista al profesor durante su estancia en espera de su enlace para California.

Para familiarizarse mejor con él, mi sustituto americano se le aproximó para preguntarle la hora.

Me volví a sonreír. No era muy disimulado.

Bueno, mi misión había terminado, podía quedarme allí y tomar el primer vuelo y regresar a París.

Quizá lo mejor era quedarme un día por lo menos en Nueva York.

Había cobrado una buena paga y no me faltaban deseos de disfrutarla.

No me dejaron demasiado tiempo para decidir.

Dos hombres se me acercaron, uno de ellos me mostró una credencial y me pidió la documentación.

—No he visto muy bien lo que me ha mostrado —dije sin hacer demasiado caso del empaque peliculero que mis antagonistas imprimían en sus gestos.

—No se haga el gracioso y acompañenos. Sin armar escándalos. Sería inútil —me dijo el otro.

—Y además vamos armados —repuso el que me había mostrado la credencial.

Para reforzar lo que había dicho entreabrió la chaqueta y dejó que viese la «Parabellum» que llevaba en la funda sobaquera.

No me impresionó, pero quise seguir el juego.

—¿Dónde me llevan?

—Las preguntas sobran —me informaron dentro de un coche que aguardaba en el aparcamiento con el motor en marcha y un tercer hombre en el volante.

Dieron algún rodeo por todo aquel laberinto de carreteras en las que Manhattan aparece siempre como un telón de fondo.

Luego nos adentramos por una zona de bosque. Nos alejábamos del centro, pensé yo.

Nos detuvimos en una villa suntuosa a las puertas de una nueva urbanización. Al menos a mí me pareció nueva.

Fui prácticamente sacado del coche que desapareció raudo para ocultarse en la parte lateral de la casa donde estaba el garaje.

—De prisa. Nos están esperando —me dijo uno de los dos

hombres que me habían interpelado en el aeropuerto.

Me introdujeron en la casa.

En seguida me percaté de que estaba perfectamente custodiada. Dos, tres, hasta cuatro hombres me estaban observando desde el gran salón-*hall*. De ahí pasé al *living*. No era ni antiguo ni lujoso.

Allí me presentaron a Longar.

—Conocemos sus actividades... Si le queda alguna duda sobre lo que podamos saber de usted lea esto.

Me lo dijo sin preámbulos y soltándome unos folios mecanografiados a doble espacio.

—¿La CIA? —Sonreí.

—Trabajaré para nosotros. Nos conviene. Desde luego puede negarse... No obligamos a nadie.

—No sabía que reclutaran a sus agentes así —sonreí.

—No será usted un agente. Hará un simple trabajo y será pagado por ello.

—Bueno —sonreí—. Supongo que son ustedes generosos. He visto algunas películas.

—Una advertencia, Preston. Si acepta ya no podrá volverse atrás. Asentí. Comprendía perfectamente la velada amenaza de las palabras del coronel.

—Bien. Se trata del profesor Mercier... como ya habrá supuesto...

Y empezaron a hablarme del que sería mi nuevo trabajo.

Pero vayamos siguiendo el orden cronológico de los hechos.

Volvamos a Francia. Mejor dicho. A España, porque Paul Laforge y su acompañante Claire habían ya cruzado la frontera de Le Perthus. El automóvil alquilado por Paul en Toulouse corría a 130 por hora por la autopista de Barcelona.

CAPÍTULO IV

Sitges en la provincia de Barcelona, a cuarenta kilómetros y a orillas del Mediterráneo, ve multiplicada su población durante la época veraniega. El jaleo no cesa ni de día ni de noche y es prácticamente imposible encontrar plaza en los hoteles.

Claudine Mercier la tenía reservada desde hacía tiempo, por eso ocupaba una de las mejores habitaciones en el Subur Palace frente al mar, en el paseo marítimo.

Desde la octava y última planta del edificio, al atardecer, podía distinguirse el deambular del hormigueo humano de la masa turística. Claudine vio detenerse el automóvil frente a la puerta del hotel. Un cliente más.

Pero no. Ella conocía bien a aquel cliente. Era su prometido: Paul Laforge.

Sonrió y salió de la terraza para meterse en la habitación y observar su aspecto durante unos instantes frente al espejo.

Momentos después y cuando el botones abrió la puerta de la habitación asignada a Paul en el piso inferior —justo debajo de la suya—. Claudine estaba ya allí, a menos de seis metros. Paul la miró unos instantes. Se metió en la habitación y dio una propina al botones. Ella aguardó a que el muchacho desapareciera para colarse en la estancia del recién llegado.

Se abrazaron en silencio. El la besó largamente en la boca. Ella parecía la más empeñada en que el beso no terminara.

—Es mejor que no nos vean juntos —murmuró él—. Lo siento. Confío en que pronto las cosas vuelvan a la normalidad. De momento...

—¿Crees que papá sigue en peligro? —interrumpió ella.

—Desgraciadamente, sí.

—¿Hablaste con él?

Paul asintió.

—Yo creo que papá estaba seguro...

—Yo también lo estoy, Claudine, pero es necesario esperar. Eso ha dicho tu padre. Él tiene el plan de crear un antídoto por si acaso los efectos de su descubrimiento llegaran a ser perjudiciales. Es lógico que piense así. Con el cuerpo humano no se puede jugar. Tu padre es consciente de ello, por eso aceptó ese viaje a Estados Unidos. Allí trabajará en un lugar secreto custodiado por buenos agentes.

Necesita únicamente tres meses...

—Tres meses...

—Sí, cariño. Es el tiempo que necesitamos. Todo está previsto para que no pueda ocurrir nada. Ni a ti ni a él.

—¿Y tú?

—No te preocupes. Sabré arreglármelas. Ella hizo una pausa. Reflexionó. Luego, como una autómatas, murmuró:

—Atentaron contra mi vida, Paul.

—¿Cuándo?

—Hace tres días. No he vuelto a salir del hotel.

Tengo miedo.

—¿Qué ocurrió?

—Fue en el mar. Salí a esquiar y de pronto una lancha se me vino encima. Pensé que se trataba de un niño bonito que quería hacer una gracia, pero no era eso. Trataba de embestirme. Me solté en el último instante. Iban tres hombres. Creo que eran jóvenes. Comprendí la verdad. ¡Querían matarme!

Ahogó un sollozo.

Con 22 años, una silueta envidiable y llena de vitalidad Claudine Mercier había empezado a vivir su drama.

—¿Pudiste ver la lancha? —preguntó Paul abrazándola con fuerza.

—Bueno... era una de tantas. Una lancha más bien rápida. El patrón de la mía y su ayudante... los que me arrastraban les increparon y corrieron para salvarme, quizá ellos podrían decirte más. No lo sé...

—Tranquilízate, Claudine. Hablaré con los que estaban en la lancha del esquí. Indícame el sitio. —Está ahí mismo. Frente al

hotel. El nombre viene en inglés. Pipper. Pero...

—Pipper. Bien. Ahora escucha. Tienes que hacer todo lo que yo te diga...

CAPÍTULO V

Bien, volvamos a Nueva York. En el aeropuerto exactamente, y con un billete en la mano para el próximo vuelo con destino a California.

Mi nueva y bien retribuida misión por cuenta de la CIA era seguir de cerca al profesor Mercier. Más o menos lo que había hecho en Francia pero ligeramente más complicado.

Mercier había tomado ya su vuelo, por lo que yo llegaría con algún retraso, pero sabía dónde dirigirme y lo que tenía que hacer.

Los de la CIA me demostraron que eran capaces hasta de adivinar el porvenir.

Recuerdo que les hice una pregunta que les pareció estúpida:

—Según mis informes Mercier tiene ya un guardaespaldas. Yo mismo le vi.

La respuesta del coronel fue casi burlona:

—¿Y cree que esto es suficiente?

—¿No se fían?

—Ustedes los europeos son demasiado ingenuos. No se dan cuenta de la importancia de ese hombre.

—¿Y qué tiene que ver la CIA en esto?

—Prestigio personal —fue la tajante réplica. Cuando tomé mi vuelo se me ocurrió hacerme una pregunta a mí mismo: «¿Y quién me vigilará a mí?». Palabra que en aquellos momentos no obtuve ninguna respuesta.

En Los Ángeles tomé un taxi y me instalé en el hotel Desierto. Está en las afueras, hacia Santa Mónica.

Según las instrucciones yo no debía hacer nada.

Excepto esperar.

Estaba cansado y me acosté.

Me despertó la sirena de un coche de la policía. Allí las sirenas son distintas. No como en Francia. Bueno, eso no importa, era la policía y una ambulancia. Nadie hizo caso, pensé que ya estaban acostumbrados.

A mediodía tomé un aperitivo y oí unos comentarios. Habían asesinado a un hombre en el hotel Bahía. Un crimen corriente. Bueno, todo lo corriente que pueda ser un crimen.

Entonces recibí la llamada telefónica.

—Le toca su turno, amigo. Vaya al hotel Bahía. Colgaron. Fueron así de explícitos, pero puesto que nadie más podía saber dónde estaba yo albergado, deduje que eran los de la CIA. Y obedecí.

Llegué a tiempo de ver cómo sacaban un cadáver. Lo habían tenido bastante tiempo allí. Antes de cargarlo en la ambulancia, alguien descubrió ligeramente el lienzo que lo cubría y pude ver su rostro que reconocí enseguida.

Era el guardaespaldas de Mercier. El mismo hombre que había visto en el aeropuerto de Nueva York. Entonces comprendí que el haber aceptado el riesgo era tanto como hipotecar mi piel.

¿Por qué pensar que yo podía tener más suerte que aquel infeliz?

Mis pensamientos fueron interrumpidos de cuajo.

Alguien se había acercado a mí.

—Tome un taxi y vaya al final de West Pico. Cuando llegue despida el coche y aguarde.

Mi cerebro empezó a carburar rápidamente y tuve una sospecha...

Media hora más tarde me hallaba completamente solo en un lugar propio para filmar una película del Oeste. De no haber estado allí, jamás hubiese creído que existieran lugares como aquél en California. Hacía un calor de todos los demonios y no se veía a un ser viviente en todo lo que abarcaba la vista. Tras una espera que me pareció demasiado larga vi aparecer el puntito negro en la recta sin fin de la carretera de segundo orden.

El punto se fue engrandeciendo hasta tomar una forma concreta. Era un automóvil.

Más tarde, cuando el coche se hubo detenido frente a mí, me encontré con un hombre que medía irnos dos metros de estatura a

quien le calculé un peso de no menos de cien kilos. Eso sí, perfectamente distribuidos en su cuerpo ya maduro, pero bien cultivado físicamente.

—Soy Regan. Sé quién es usted, por lo que evitemos todo prólogo. —Empezó así. Era hombre práctico y con prisas. Fue muy concreto.

—Voy a ser su jefe. No tendrá otro contacto. Le daré un número de teléfono para que pueda facilitarme su informe detallado dos veces al día.

—Concrete mi misión, por favor.

—Será usted la sombra de Mercier. Estará a su lado día y noche. ¿Lleva armas?

—Una automática. Tengo licencia francesa y... —Aquí estamos en Estados Unidos... Entre. En el asiento trasero, bajo el asiento hay algunas armas.

Elija dos.

Obedecí. Bajo el asiento había algo más de dos armas. Había un arsenal. Elegí dos. Regan me recomendó una especie de metralleta desmontable.

—Último modelo. Puede disparar treinta y dos proyectiles, en ráfaga o uno a uno. Es de la máxima precisión. ¿Es usted buen tirador?

Bueno... Nunca he hecho exhibiciones.

—Tendrá tiempo de entrenarse en sus ratos libres.

—Oiga... Si alguna vez cuento esto no van a creerme. ¿Por qué... por qué a mí? ¿Quiere explicármelo? ¿Por qué me eligieron a mí? Ustedes deben de tener miles de agentes que conocen el país y sus leyes y que están habituados a esas cosas.

—No había donde elegir.

—Pero si ni siquiera me conocen.

—Eso es lo que cree usted, amigo. Tenemos un informe completo.

—Sí, sí. Ya me lo mostraron apenas llegar. Me espionaron en Francia, ¿eh? ¡Vaya! Para que uno se ande confiando. A lo mejor instalaron hasta micrófonos debajo de mi cama...

—Señor Preston. Existe un plan para secuestrar al profesor Mercier —me cortó el hombre de la CIA—. Creí que se conformaban con matarle —sonreí medio en broma, pero más interesado—.

Existen un par de organizaciones en lid. En cualquier caso la vida de Mercier puede peligrar.

—Bien... Estamos como al principio.

—Lo siento. No puedo decirle más. No sé más. Su misión es no separarse de Mercier. Así tendremos la seguridad de que no le secuestrarán.

—¿Y si me ocurre lo mismo que a mi... antecesor?

Eso le obligará a mantener los ojos abiertos, pero no tema. Sospecho que quienes pretenden secuestrar al profesor tienen interés de hacerlo de una forma distinta. En fin, es usted quien tendrá que ponerme al corriente. Ahora suba al coche. Le dejaré en la parada del autobús. Vaya directamente al hotel. Por el camino le daré las instrucciones.

CAPÍTULO VI

Paul Laforge estaba en la escuela de esquí acuático Pippet y como por casualidad habló del accidente ocurrido cuatro días antes.

—¿Qué fue de esa chica a la que unos gamberros estuvieron a punto de atropellar?

—¡Oh, sí! —exclamó uno de los monitores—. Se llevó un buen susto. No. No la hemos vuelto a ver.

—¿Y los gamberros?

—¡Psch! En verano hay muchos. Esto es como la selva. Ya ve cómo está todo. No se puede dar un paso, ni en la playa ni en las calles. Bueno, a uno de esos tipos sí le reconocería. Era muy rubio, delgado, con los pómulos muy salientes.

—¿No denunciaron el asunto a las autoridades? Inquirió Paul siempre preguntando en plan de simple curiosidad.

—Bueno. No ocurrió nada, por lo que siempre es mejor no buscarse líos. Si tuvieran que detener a todos los gamberros... ¡Fíjese en aquella lancha, por ejemplo! —El hombre señaló la evolución de una lancha que se movía temerariamente entre los nadadores—. Esto está prohibido hacerlo en zona de baño.

—Sí, claro. Tiene usted razón. Hay mucho gamberro suelto.

—¡Eh, espere! —El hombre había visto a alguien. Paul se volvió a tiempo que un individuo algo delgado, de pómulos salientes cruzaba por la arena en ropas de baño para dirigirse hacia la escalera que daba acceso al paseo.

—¿Es uno de ellos? —inquirió Paul.

—El rubio de que le hablé.

Paul se hizo el desentendido:

—Bueno. A mí no me importa demasiado. ¿Sabe?

Uf... ¡Vaya calor! Me voy a remojar.

Fingió hacerlo, pero en realidad corrió rápido por la orilla siguiendo a distancia y paralelamente al rubio de los pómulos salientes.

Se detuvo un momento Paul para ver la trayectoria que seguía su perseguido y entonces durante unos momentos sus ojos se cruzaron con los del rubio en el momento en que éste iba a subir a un automóvil. Le vio partir siguiendo el paseo de la bahía. Paul no tenía nada con que proseguir la ruta y tuvo suerte al ver pasar el auto-jardinera que recorría el paseo para trasladar a los bañistas a lo largo de los dos kilómetros de playa.

Subió corriendo al estribo, fijando la atención en el auto de matrícula francesa que marchaba adelante sin apretar demasiado el gas.

El coche jardinera —un «jeep»— que arrastraba dos vagones hizo una parada y el coche del rubio de los pómulos salientes ganó un par de cientos de metros para adentrarse por una calle descendente.

El coche articulado en el que viajaba Paul reanudó la marcha y el francés saltó justo en la esquina donde había visto doblar el auto al que seguía.

La calle era corta. Había un pequeño hotel al final, y a ambos lados se levantaban chalets con amplios jardines. Le había perdido.

No obstante Paul siguió observando a pleno sol y sin más ropas que el bañador. Sudaba.

Antes de llegar al final de la calle había otra esquina paralela al paseo. Se detuvo un momento para observar a ambos lados. Entonces vio el auto matrícula de Francia que había tomado el rubio de los pómulos salientes. Estaba aparcado a unos treinta metros junto al jardín que daba acceso a una villa destinada al alquiler de habitaciones.

Avanzó hacia allí y asomó por la puerta cuya verja estaba abierta de par en par.

Había un reducido parque con un surtidor en el centro. Al fondo se hallaba la entrada de la villa. No vio a nadie. Los moradores en aquellos momentos debían estar todos en la playa.

Todos excepto el rubio.

Paul se adentró. Los guijarros que formaban el pavimento crujieron bajo sus pies desnudos. Por entre los setos en la parte lateral de la casa otra persona se movía. Paul se detuvo y escuchó

un momento.

Rápidamente corrió hacia el lado opuesto para rodear el edificio procurando que las piedras no crujieran a su paso.

Durante un par de minutos avanzó sin posibilidad de que su presencia pudiera ser notada por nadie. Consiguió dar la vuelta y entonces vio al rubio sentado a la sombra de unos pinos junto a una de las mesas dispuestas para los clientes del establecimiento.

¡Le tenía allí!

Y no había nadie más.

El rubio parecía descansar plácidamente lejos del tórrido sol del mediodía.

Paul siguió avanzando con sigilo, hasta colocarse junto a un árbol a escasa distancia de su perseguido que permanecía inmóvil.

De pronto...

Algo rasgó el aire. Fue la intuición la que advirtió a Paul del peligro.

Pero era tarde.

El cuchillo pasó prácticamente rozándole la piel del rostro y fue a clavarse en el tronco del árbol. Instintivamente Paul se protegió tras el árbol cas en el instante en que el rubio se revolvía.

Paul vio claramente el revólver que su enemigo llevaba en la mano derecha empuñándolo contra él.

Era un arma con silenciador.

El rubio sonreía a menos de cinco metros de distancia.

Paul observó la toalla que colgaba del antebrazo del asesino en potencia. La había llevado oculta durante todo el rato y ahora iba a usarla.

Sí. Habían fallado con Claudine pero no podían fallar con él.

Paul se pegó detrás del árbol pensando en sus escasas posibilidades.

Se inclinó en busca de una piedra de regulares dimensiones. El otro se movía al otro lado del tronco seguro de sí mismo.

Unas voces llegaron en aquellos instantes hacia ellos procedentes de la puerta del jardín. Era una pareja que entraba riéndose de algo.

La acción del asesino se paralizó unos instantes. La pareja avanzó hacia la entrada del edificio saliendo ya del campo visual de Paul.

El rubio avanzó con decisión dispuesto a terminar con Paul.

En este instante el joven jugó su última carta. Era su única oportunidad por la supervivencia.

Saltó de imprevisto hacia delante arrojando la piedra contra su enemigo.

Su arma improvisada alcanzó el brazo zurdo de su rival que con el golpe perdió preciosos segundos. Paul saltó sobre él como fiera acorralada y ambos rodaron Por encima de los guijarros del jardín. El rubio seguía dominando el revólver y trataba de apuntar a Paul para terminar la situación. El ayudante de Mercier concentró toda su fuerza contra el brazo armado de su antagonista cuya fuerza se hizo notar.

El rubio tenía bíceps de acero y podía dominar perfectamente a Paul que sudaba copiosamente en su intento desesperado de salvar la propia vida.

El cañón del revólver del rubio iba girando lentamente a medida que la fuerza de sus muñecas se imponía a la resistencia del francés.

Durante medio minuto la ventaja era netamente del enemigo de Paul, que luchaba casi sin aliento. De pronto cedió. El otro iba a disparar, pero Paul se escurrió bajo el cuerpo de su opresor y el disparo a quemarropa se hundió en el suelo.

Paul se revolvió consiguiendo incorporarse y utilizando el pie desnudo golpeó los riñones de su agresor que ahogó un grito.

El francés no quiso perder la iniciativa y en cuanto vio nuevamente el arma apuntándole soltó un nuevo puntapié, logrando esta vez que su enemigo soltara el revólver.

Saltó sobre él y rodaron ambos nuevamente por el suelo en una lucha solitaria, desesperada, a muerte... El rubio iba a alcanzar nuevamente el revólver, pero el pie de Paul lo alejó.

El asesino se incorporó tratando de sorprender a Paul con un directo, pero Paul, conocedor también de algunas artimañas, supo esquivar y pasó al ataque con dos golpes rápidos de karate que desbarbolaron la guardia de su rival.

La lucha iba a proseguir. El rubio, especialista en peleas, cambió rápidamente de posición.

En la ventana próxima a la pelea asomó alguien con un revólver.

Paul encajó un golpe.

El de la ventana disparó.

La bala se hubiese incrustado limpiamente en la espalda de Paul, pero su caída fulminante hizo que el proyectil se alojara en el pecho del rubio, cuya tostada piel se tiñó rápidamente con una flor roja que fue agrandándose.

Los ojos del herido se volvieron hacia la ventana, sorprendidos, llenos de reproche. Fue su última mirada.

El cuerpo del hombre cayó contra los guijarros, mientras Paul rodando sobre sí mismo se guarecía tras otro árbol cuando un segundo disparo amortiguado por el silenciador se incrustaba en el tronco del pino.

Paul sabía que en la casa quedaban uno o dos enemigos y seguía indefenso. Cerca estaba el rubio, muerto.

CAPÍTULO VII

Entretanto, salvando la diferencia horaria y para seguir la historia lo más cronológicamente posible, diré qué yo estaba ya en el interior del autobús que debía llevarme nuevamente al centro de Los Ángeles.

Mi nuevo jefe, Regan, me había dado las instrucciones durante el trayecto por la desértica carretera de West Pico y me dirigía al apartamento donde habían llevado a Mercier.

Una hora más tarde me hallaba frente al profesor.

—Bien. Temo que durante su estancia aquí no podrá librarse de mi presencia.

—Lamento causarles tantas molestias —murmuro el profesor después de observarme de pies a cabeza, y enseguida añadió—: Usted es compatriota mío.

¿Eh?

—Mi pasaporte es francés. Realmente vivo en París —sonreí.

—Ya le vi en el avión.

—Bueno. Entonces trabajaba por cuenta de otra persona. Ahora es distinto. Y la verdad es que no entiendo muy bien esto, pero me pagan bien por hacerlo.

—Lo supongo. Bueno. Espero no darle mucho trabajo. Me han asignado un apartamento cerca del laboratorio donde voy a trabajar. Está en un lugar solitario. En una ancha zona donde no es posible penetrar sin un carnet especial, un pase que sólo se otorga a unos pocos.

—Lo sé. Me han proporcionado uno. Con fotografía y todo. La CIA lo tiene todo previsto. Retratos instantáneos y nada de burocracia... En fin, podemos empezar nuestras vacaciones. Tengo orden de salir con usted ahora mismo. Traigo unos bocadillos,

comeremos por el camino. —¿Sabe el lugar adonde nos dirigimos? —. Yo no. Pero tendremos un coche guía delante y otro de escolta detrás. Es usted tan importante como un jefe de Estado —sonreí.

Al profesor no parecía hacerle ninguna gracia. Consultó algunas notas de su cartera que cerró rápidamente y murmuró:

—Yo ya estoy listo.

—Entonces vámonos.

Le pedí que aguardara y me asomé por la ventana. En el tranquilo jardín observé a los mismos hombres que había visto a mi llegada. Eran los guardas. Los otros guardas de la CIA.

Seguía preguntándome qué papel jugaba yo. Desde luego eso lo supe más tarde, pero... sigamos los hechos cronológicamente.

Subimos al coche que puse en marcha tan pronto como arrancó el que tenía que servimos de guía. Al avanzar observé como el otro automóvil nos seguía y me sentí más seguro aunque un tanto incómodo. —¿Sabe algo de mi hija?— me preguntó el profesor.

—Lo siento. Estoy prácticamente incomunicado. —Yo también. Pero espero que a usted le dejen ponerse en contacto con Paul Laforge...— Le conozco. Aunque no sé cómo lo lograré. Su destino es secreto, profesor. Han tomado muy bien las medidas.

—Sobreestiman mi valor.

—No todos los días se inventan cosas como la que usted ha inventado —sonreí.

—¡Asesinos! ¡Si es cierto que han matado a todos mis colaboradores!

—Ahora estoy convencido de ello, profesor —asentí mientras desembocada en la ruta de West Pico para adentrarme a la zona desértica. Miré al aire y vi la proximidad de un helicóptero que me dio que pensar.

—Bueno... ¿Qué querrán esos de ahí arriba? —dije en voz alta.

Un zumbido me anunció que querían hablar conmigo a través de la radio del coche. —Preston— dije tomando el micrófono. —Tranquilo, amigo. Son de los nuestros— me informaron.

Corté y volviéndome al profesor murmuré:

—Aumentan las seguridades. Mi trabajo va a ser fácil.

—¿Es muy lejos, Preston? —me preguntó el profesor.

Había como un cierto pesimismo en su voz. Le observé unos momentos.

—Pregúnteselo a ellos.

Seguimos la ruta, adentrándonos por senderos polvorientos, y hacia las cuatro, al cabo de cuatro horas de marcha llegamos a una carretera absoluta y rigurosamente privada. Una valla impedía el paso. Militares de graduación bien armados custodiaban la entrada. Nos dejaron solos y antes de que nos fuera permitido cruzar la valla, vi aparecer a Regan que se acercó al coche y dirigiéndose al profesor y a mí nos dijo:

—Bien. Ahora van a quedarse solos. Espero que tengan una estancia grata. En cuanto a usted, Preston, en la vivienda que se le ha asignado, encontrará lo necesario para transmitir los informes. Por ningún concepto saldrán de este recinto. Al menos mientras duren las investigaciones del profesor Mercier.

—¿Quiere decir que estamos prisioneros? —Sonreí.

—No, no quiero decir eso —repuso secamente el «jefe»—. Pero no tendrán necesidad de salir fuera para nada. Aquí encontrarán cuanto precisen. Para los días de fiesta hay películas de cine y cassettes de televisión.

—¡Hummm! Video cassettes. No se privan de nada. —Cualquier duda puede consultármela. Tiene el teléfono donde permanentemente se le dará información. Radio y otros medios. Adiós y buena suerte.

Regan desapareció. Los militares nos franquearon la alta verja metálica que cortaba la carretera y pudimos proseguir en solitario por la ruta. A lo lejos, en una hondonada se levantaban las instalaciones donde nos dirigíamos.

Aquello superaba en mucho todo lo que yo había visto en el cine o había leído relacionado con la ciencia ficción.

Sí. La realidad supera a menudo en mucho a la fantasía. Eso puedo jurarlo.

Eran las cinco de la tarde cuando nos aposentamos en nuestras respectivas residencias.

Era una edificación de dos plantas. La ocupábamos únicamente Mercier y yo en habitaciones distintas en el piso superior. La planta baja estaba destinada a almacén. Había un soldado de guardia a la entrada que era relevado cada ocho horas.

Observé los distintos medios de comunicación que poseía en la salita contigua a mi dormitorio. Era una auténtica emisora.

Televisión, radio, dos teléfonos, interfono, timbres de alarma, micrófono directo con el puesto de vigilancia, otro para hablar directamente con la entrada al laboratorio. En fin, para qué seguir. En realidad ya me había supuesto algo parecido.

No había deshecho aún mi equipaje cuando recibí la primera llamada telefónica por el teléfono número dos. Era azul. Línea directa exterior.

—Diríjase a la granja del kilómetro siete.

—¿Una granja? —inquirí.

—Sí... Siga por la carretera y desvíese hacia el este por el sendero marcado con el kilómetro siete.

—Un momento. ¿Con quién hablo?

—Longar.

—No conozco a ningún Longar.

—Usted no conoce a nadie todavía. Venga ahora mismo.

Me colgaron.

Bueno. Soy curioso en principio, y en segundo lugar estaba allí para obedecer. Aquello era una fortaleza supervisada.

Y aún más cosas de las que me informó el soldado de guardia.

—Si tiene que salir, señor, tenga mucho cuidado en desviarse de la carretera, podría correr peligro. Utilice solamente las zonas marcadas con flechas verdes.

—¿Tienen minas?

—Algo parecido, señor.

—Tengo que dirigirme a... Bueno, tengo que ir a determinado sitio.

—Recuerde —sonrió el soldado— las flechas verdes.

—Lo tendré en cuenta.

Salí y tomé el coche. Todo aquello era sumamente interesante y llegué a pensar que mi misión era totalmente inútil. Después de todo... ¿qué peligro podía correr el profesor Mercier en una fortaleza como aquélla donde hasta incluso resultaba peligroso pisar fuera de las flechas verdes? _ Bien, pero sigamos el orden cronológico. En Sitges, España, estaba ocurriendo algo.

CAPÍTULO VIII

Era poco más de mediodía. La playa continuaba repleta de bañistas de todos los países.

En el hotel Claudine tenía listo su equipaje. Con ella se hallaba Paul vestido y consultaba el reloj. —Faltan veinte minutos. Esperaremos. Mientras tanto te enumeraré lo que tienes que hacer. Tomas el tren Talgo que se dirige a Madrid, pero recuerda que tienes que apearte en Tarragona. Es la siguiente parada que efectúa. Espera en el último momento, cuando el tren arranque. Lo hace lentamente. No hay peligro. Ve deprisa por la parte exterior de la estación. Allí estará el coche que te llevará a Salou, llegarás a tiempo de tomar el expreso de Andalucía. Aquí tienes el billete del compartimiento—. Paul le dio el pasaje y siguió. —Recuerda que debes bajar en Valencia.

—¿Y qué haré?

—No te preocupes. Allí estarás en buenas manos.

Bueno. Ya sólo faltan catorce minutos. Vámonos. Salieron por la puerta de servicio, bajando por la escalera hasta llegar al ala de la planta baja destinada al personal. Cruzaron por el corredor que conducía a la parte trasera del jardín.

—Adelante —indicó, señalando un automóvil. Subieron rápidamente y Paul puso en marcha el coche.

Mientras se dirigían a la estación a través de las estrechas calles de la blanca población, alguien en otra habitación escuchaba a través de una cinta magnetofónica la conversación que Paul y la muchacha habían sostenido en el hotel.

El hombre era uno de los compinches del rubio de los pómulos salientes cuyo cadáver había sido ya descubierto por otros clientes de la residencia en que había hallado la muerte.

El que había reproducido la conversación recogió un maletín y murmuró:

—Vámonos. Tenemos el tiempo justo. Detrás suyo tenía a otro compañero. El que sin proponérselo había dado muerte al rubio. — Esto se complica. La policía sabe que éramos tres, van a seguimos los pasos.

—Ya estaremos lejos. Una vez liquidada la chica regresaremos.

—Acabemos cuanto antes.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Ahora conocemos todo el juego. No es necesario que tomemos ese tren. Dejemos que lleven a cabo todo su plan. Claudine tomará el expreso en Salou, y hasta Valencia hay un largo camino. —Yo no quiero subir a ese expreso. No quiero arriesgarme. En cualquier momento pueden detenemos.

—Hay miles de turistas por todos lados en este país. Pero... quizá no sea necesario tomar el tren... Basta que sepamos el compartimiento que la chica ocupa.

Por eso tenemos que ir a Salou. Nada más.

—A quien me gustaría eliminar es a ese tipo. —Eso es más fácil. Andando. Le encontraremos en la estación.

CAPÍTULO IX

Claudine no tuvo problemas. El tren llegó a su hora y Paul, que no se había movido de la cantina de la estación, aguardó hasta el último momento. —Vagón 011. Ahora—. Corrieron en el último instante, cuando el jefe de estación tenía el silbato en la boca y la bandera en alto para dar la salida al convoy articulado.

Arrancó el rápido y Claudine subió jadeante. Paul desde el andén agitó la mano.

Los dos hombres encargados de eliminar a la pareja llegaban en aquellos momentos. Corrieron hacia la estación cuando se anunciaba la llegada de un tren tranvía con destino a Barcelona.

Paul iba a cruzar. Vio a los dos hombres. No les conocía, pero les observó con un presentimiento. Los dos hombres disimulaban, mientras los futuros pasajeros del tren tranvía que se acercaba se aproximaban al borde del andén.

El nuevo convoy de seis unidades estaba ya al extremo aminorando la marcha.

Paul aguardó en el andén central, mientras sus dos seguidores como si temieran perderle arrancaban en rápida carrera para cruzar por delante del tren y encontrarse con Paul en la otra parte.

El francés alcanzó la plataforma del primer vagón.

Era el furgón que tenía abierta la puerta.

Los otros estaban ya en el andén.

Un empleado del tren protestó.

—¡Eh! ¿No puede subir por la puerta que le corresponde?

Paul no escuchaba. Nuevamente su vida estaba en peligro y con la suya podía peligrar la de su prometida. Pasó a la plataforma cuando se abrían las puertas.

Los que aspiraban a asesinarle subieron por el lado opuesto

pulsando el botón exterior para abrir las puertas.

Paul se mezcló entre la multitud y avanzó por el corredor hasta la siguiente plataforma.

Sonó el silbato que daba salida al tren y Paul sujetó la puerta automática impidiendo su cierre. El tren comenzó a arrancar, Paul saltó al andén y corrió hacia la parte exterior de la estación. Sus dos seguidores salieron por la otra parte y continuaron buscándole.

—¡Vamos! ¡Estoy seguro que ha saltado! —dijo uno de ellos.

Paul cruzó la plaza de la estación y se metió en el primer bar. Poco después vio salir a sus dos enemigos que seguían buscando por la plazoleta.

Uno indicó el coche.

—Mira. No está. Ha seguido en el tren.

—Bueno, ya nos ocuparemos en otro momento. Ahora tenemos que ir a Salou. No podemos perder tiempo —repuso el otro.

Paul les vio meterse en el coche y seguir por la carretera en dirección a Tarragona.

—¿Qué le sirvo, señor? —inquirió el barman—. Nada, gracias —y salió del bar para meterse en su propio coche y seguir idéntica ruta de los que pretendían dirigirse a Salou. Una sonrisa iluminaba su rostro.

CAPÍTULO X

Claire era la muchacha que aguardaba con el motor de su coche en marcha en la estación de Tarragona. Claudine se apeó del Talgo en el último momento siguiendo las instrucciones recibidas de Paul.

—¡Aquí! —dijo Claire.

—¿Quién es usted? —inquirió la hija del profesor.

—Una amiga de Paul.

—¡Ah!

—¿La han seguido?

—Creo que no —y Claudine, mujer al fin, observaba a hurtadillas a Claire. Era hermosa, con un cuerpo casi como el suyo propio, ojos grandes también y una gran serenidad en su rostro. Es inútil que se sienta celosa— murmuró Claire. Trabajo para el servicio de Seguridad de nuestro país. Mis relaciones con Paul son puramente profesionales.

—¡Oh! Bueno... No pensaba en...

—Si lo pensaba. A pesar de ser agente soy mujer también. Psicóloga.

—Paul no me informó muy bien. De todos modos le quiero. Confío plenamente en él. En todos los sentidos.

—Sí, Paul vale mucho. Tiene usted suerte. Y creo que la merece. Me parece una muchacha muy valerosa.

Mientras Claire daba nuevas instrucciones a la hija del profesor, Paul seguía a buena marcha por la carretera. El coche de los dos hombres que habían intentado matarle le llevaba una ventaja de cerca un kilómetro que él no hizo nada por aminorar.

Confiaba plenamente en su plan.

A la vista de la estación de Salou, Claire viró hacia un aparcamiento y detuvo el coche a unos treinta metros de la

carretera.

—Desde aquí veremos llegar el tren. Falta todavía una media hora. Si alguien nos ha seguido podremos verle también. Usted escóndase.

—¿Bajo del coche?

—No. Vaya a la parte de atrás y tiéndase. ¿En?

Déjeme a mí.

El auto de los dos asesinos estaba recorriendo los últimos kilómetros antes de llegar a la estación.

El que lo conducía murmuró:

—Bueno. Quedamos de acuerdo. Tú te encargarás de vigilar el compartimiento de Claudine.

El otro acarició el revólver provisto de silenciador.

—Podríamos acabar aquí mismo.

—¡Eso mismo! —farfulló el otro—. Delante de todo el mundo. — No se darían cuenta.

—Demasiado riesgo y demasiada gente. Podías fallar.

El otro refunfuñó algo.

—Hemos cometido un par de errores, Ray. El jefe pediría demasiadas explicaciones. Ahora no podemos dar ni un paso en falso. Tiene que ser un accidente. Si no quieres hacerlo tú, lo haré yo. —Está bien. ¿Cuánto falta para que venga ese maldito tren?

—Unos diez minutos según el horario. Puede que traiga retraso. No hay prisa. Compra un billete de segunda clase. Te despacharán para ir a pie. Yo te esperaré en... —Detuvo el coche frente a la estación.

Claire desde el aparcamiento observó el vehículo.

Ninguno de los dos hombres había reparado en él.

El que consultó el mapa señaló un punto.

—Aquí. Es la estación de Tortosa. Tienes setenta kilómetros por delante. Algo más de un hora. ¿Es suficiente? Consultó el reloj.

—Ahora son casi las ocho. Preferiría que fuera de noche.

—El tren llega después de las nueve. Ya habrá oscurecido —dijo el otro plegando el plano—. Anda. Ve a por el billete.

—De acuerdo.

Como si el convoy quisiera favorecer los planes de los asesinos, llegó con quince minutos de retraso. Claudine, mezclada con la gente, subió al único vagón con compartimiento-cama.

Tenía una plaquita. El número cuatro. Entró en él y cerró la puerta.

Claire observó como uno de los dos hombres del coche, el llamado Ray, tomaba un coche de segunda clase, no sin haber estado observando a la hija del profesor.

El otro compinche marchó seguidamente continuando su ruta hasta Tortosa. Allí aguardaría al encargado de eliminar a Claudine que después de realizar el trabajo saltaría del tren en aquella estación para reunirse con su compinche.

Esta vez no podía haber fallos.

El expreso reemprendió la marcha con sus quince vagones abarrotados. Sólo el coche-cama estaba despejado. Mitad destinado a viajeros y la otra mitad para el bar-restaurant podía pasearse tranquilamente por el corredor.

La plataforma estaba vacía.

Oscurecía ya.

El tren estaba a veinte kilómetros de la ciudad de Tortosa. Eran las nueve de la noche.

Ray, el asesino, pasó al vagón de las camas y se quedó en la plataforma unos instantes. Seguía vacía. Miró hacia el corredor. Tampoco había nadie. En el centro estaba la puerta que dividía el vagón. Salió una pareja del bar. Ella decía:

—Aquí estábamos muy bien, y nuestro departamento está lleno.

El asesino apretó los puños. Aquel par de entrometidos le estaban haciendo perder un tiempo precioso.

—Qué fresco pasa. ¿Eh? Hoy ha sido un día de calor —decía él asomado a una de las ventanillas del corredor.

Ray avanzó hasta las cercanías de la puerta número cuatro que seguía cerrada.

La pareja dejó el corredor libre y Ray tomó el pomo de la puerta del compartimiento número cuatro. La muchacha que ocupaba aquel departamento estaba vuelta hacia la ventanilla por la que discurría el paisaje oscurecido por la hora. Eran ya más de las nueve.

El interventor salió del vagón-restaurant y el asesino fingió buscar cerillas.

—Nos acercamos a Tortosa —dijo el del tren—. Yo voy más lejos —repuso Ray chapurreando el español.

El interventor frunció el entrecejo como si recordara haber visto antes al individuo a quien le había taladrado el billete hasta Tortosa, pero no dijo nada y siguió su camino.

Faltaban sólo cinco kilómetros. La pasajera del compartimiento número cuatro no llegaría a ver la próxima parada del tren.

Ray llamó con los nudillos y aguardó. La voz femenina le preguntó quién era.

—El interventor —murmuró Ray en un susurro, para que su acento no le delatara.

La puerta comenzó a girar, al abrirse. Ray tenía el revólver en la mano.

Apenas la puerta estuvo abierta entró dando un empujón a la muchacha.

Se oyó un grito. La puerta se cerró. Luego un forcejeo sordo, apagado por el traqueteo de las ruedas.

Después el más absoluto silencio.

El tren se detuvo en Tortosa. El compartimiento cuatro seguía con la puerta cerrada.

En la estación el compinche de Ray aguardaba, esperando ver saltar de un momento a otro al asesino.

Subió la gente, el tren seguía detenido. Los altavoces anunciaron su próxima salida. Los pasajeros habían subido ya, la estación comenzaba a quedarse desierta.

Fue entonces cuando Ray saltó del coche-cama. Iba como tambaleándose y le costó bastante llegar hasta el coche.

Un empleado de la estación le miró un momento y luego comentó, con un mozo.

—Esos extranjeros..., les gusta beber.

El compinche de Ray abrió la puerta del coche y murmuró:

—¿Qué diablos ha ocurrido?

Entonces Ray separó la mano con que se oprimía el pecho. Ocultaba algo que tenía clavado. Un pequeño puñal.

—Esta maldita... —exclamó.

—¿Dónde está?

—En el compartimiento... No... pude hacerlo. No pude... Me sorprendió. Yo no pensaba que...

Escucha, tengo poco tiempo.

—Espera, tenemos que irnos de aquí.

Encontraremos un médico.

—No, Pierre... Es demasiado tarde. Espera.

Pero el otro puso en marcha el coche. Quería alejarse de allí, buscar una zona oscura.

—Pierre. Es importante. Escucha...

—Sólo unos momentos, Ray... Ahí, en el parque que está junto al río... Veremos lo que tienes. Detuvo el coche en el parque. Al fondo sobresalía el monumento al ferrocarril representado por una locomotora de vapor.

—Ray... ¿Qué es lo que querías decirme?

Ray ya no podía contestar. El asesino había muerto. En el tren expreso de Andalucía. En el compartimiento cama número cuatro, una mujer yacía muerta.

La descubrió el conductor cuando pidió permiso para hacer la cama. Eran las diez de la noche. La ocupante estaba muerta.

Las posteriores gestiones confirmaron el nombre y la nacionalidad de la pasajera:

Claudine Mercier, veintidós años, nacionalidad francesa.

CAPÍTULO XI

Eran las dos de la madrugada en Valencia cuando Paul se volvió hacia Claudine.

Se hallaban sentados en torno a la mesita de la boite iluminada discretamente.

—¿Estás seguro? —murmuró la hija del profesor—. Sí, querida. El tren ha llegado con retraso. No han dado muchas explicaciones, pero he hablado con algunos pasajeros. No hay duda, han asesinado a Claire.

—¡Dios mío! La han confundido conmigo. —Era una excelente muchacha. Valiente y decidida. Esperaba que tuviera mejor suerte—. Pero ¿cómo sabías que intentarían matarme en ese tren, Paul?

—Descubrí un micrófono oculto en tu habitación del hotel en Sitges. Te espiaban de cerca, querían conocer tus pasos en todo momento para sorprenderte en el instante oportuno y que tu muerte pareciera un accidente como los demás... Pensé que sería mejor ignorar ese micrófono y por eso este mediodía dejé que oyeran parte de mi plan.

Tras una pausa, Paul añadió:

—La segunda parte corría a cargo de Claire. Ella debía sustituirte en el tren, subiendo al expreso en el último momento.

—Todo salió perfectamente —recordó Claudine rememorando las explicaciones de la muchacha que la había recogido en Tarragona.

«Usted entre y cierre —le había dicho y sus palabras resonaban aún en sus oídos—. Cuando oiga el silbato abra la puerta y abandone el apartamento. Baje por el otro lado del andén. No se preocupe de nada más. Yo ocuparé su puesto». Así de sencillo había sido todo. Claudine actuó de acuerdo con ello. Saltó del tren cuando

la locomotora arrancaba lentamente. Claire había ocupado su sitio esperando el ataque. Tenía que arriesgarse. Y llegado el momento demostró su valor quitando de en medio a su asesino, pero sin poder evitar caer también en la lucha.

La voz de Paul la volvió a la realidad.

—Ahora te darán por muerta oficialmente.

—Pero el pasaporte...

—Tenía una carta de identidad falsa, a tu nombre y con tu fotografía.

—Tú la apreciabas, ¿verdad?

—Había trabajado con ella en el departamento. Hice un par de trabajos secretos; querían que siguiera pero preferí seguir con tu padre...

—Creí que no te llevabas bien con la ley. —Bueno. Según qué ley. El departamento es distinto... Aquellos encuentros con la policía formaban parte de mi trabajo. Pero eso ahora ya no cuenta...

—Paul... —repuso ella tras un silencio.

Una música suave invitaba a bailar, ninguno de los dos tenía ganas de hacerlo. Seguían allí para pasar inadvertidos, para estar juntos, para hablar de lo ocurrido y preparar un nuevo plan.

—Mi padre... Se enterará de la noticia y sufrirá mucho.

—El sabrá la verdad, Claudine. No te preocupes.

—¿Qué haremos ahora?

—Esperar instrucciones.

—¿Crees que mi padre estará seguro allí?

—Sí. Han tomado medidas. Bueno. Vámonos al hotel. Creo que a los dos nos conviene un descanso. La música seguía sonando. Paul dejó el dinero de la consumición junto al *ticket* sobre la mesa, luego salieron a la calle en la soledad y silencio nocturnos. Más tarde cruzaron la Gran Vía. Un reloj señalaba las 2,30 de la madrugada.

En California eran algo más de las siete de la tarde. El tiempo era excelente y yo, Preston, había llegado al kilómetro siete de la carretera privada, junto al cruce que conducía a la granja desconocida. Me fijé en el pontón donde estaba dibujada una flecha de color verde.

Bajé un momento del coche. Miré en torno mío y entonces percibí la voz, surgía de un altavoz que en principio no supe dónde

estaba.

La voz me recomendó:

—No se pare aquí. Siga la ruta. No pise el suelo fuera del camino. Suba al coche. Siga. Siga...

—¡Vaya! —No pude por menos de admirarme.

Levanté los ojos y vi la torre metálica. Por allí tenía que estar el altavoz, y seguramente una cámara de televisión en circuito cerrado. Todo perfectamente vigilado.

No resistí la tentación, me aproximé a un montón de piedras, tomé una y la arrojé a la puerta que bordeaba el camino.

Entonces sonó una sirena casi al mismo tiempo que se producía una especie de cortocircuito. Nunca supe qué fue de la piedra.

La voz oculta me dijo:

—No debió haber hecho esto. Lárguese de aquí de una vez.

Dos helicópteros se aproximaban rápidamente.

—Ya veo —murmuré—. Aquí se entra con cierta dificultad, pero lo que es salir... ¿Por qué diablos me necesitan a mí si lo tienen todo controlado? Esa misma pregunta repetí frente al hombre que me recibió en la granja.

Era una vieja granja auténtica, que ya debía existir mucho antes de convertir aquello en zona militar. Ahora me pareció apta para guardar trastos viejos. No había ni siquiera un lugar adecuado donde atender a la gente. El hombre que me citó, acompañado de otros dos, me atendió sentado sobre un cajón vacío; yo me mantuve en pie.

Al hombre le conocía perfectamente. Era el mismo que me dio el encargo en Nueva York.

—Soy Longar —dijo secamente.

—Oiga, Longar. Es absurdo que aquí dentro pueda ocurrir algo al profesor que ustedes no puedan detectar. ¿Por qué diablos me necesitan? —insistí—. Lo necesito yo, Preston —me dijo mi interlocutor mirándome fijamente a los ojos—. Bueno, sí. Me necesita, pero...

—Déjeme hablar, Preston. Le advertí que si se metía en esto ya no podría salir.

—Y yo acepté. Ahora le he hecho una simple pregunta.

—Se la voy a contestar, Preston. Le necesito para... —Hizo una pausa como si quisiera estudiar de antemano mi reacción y no

perder ni un solo detalle de mis gestos—. Le necesito para quitar de en medio al profesor Mercier.

Juro que ni un solo músculo de mi cara se movió.

Aquella revelación me había dejado paralizado, aunque en realidad ya no hubiera tenido que extrañarme de nada.

CAPÍTULO XII

A las nueve de la mañana siguiente, hora de California, llegó Regan en el momento en que yo entraba en el vestíbulo del laboratorio acompañando al profesor.

Oficialmente seguía en mi misión de guardaespaldas y no me separaba en absoluto de su lado siempre que el científico salía al exterior. En el vestíbulo del laboratorio, dos guardas armados custodiaban la puerta que se abría con un mecanismo electrónico desde el interior después de haber colocado la credencial en un tarjetero para su identificación. Con ello la puerta se abría el tiempo justo para dejar paso a quien debía entrar. Ahí concluía mi misión. Luego podía hacer lo que se me antojara hasta que un lápiz receptor que me fue entregado, me indicara después de un zumbido que el profesor iba a salir. Estuviera donde estuviese yo, siempre estarían en contacto conmigo. Si estaba en la vivienda podía recibir el aviso a través de los distintos medios de comunicación, si me hallaba paseando la llamada llegaría a través del lápiz. Bien. Fue entonces cuando se presentó Regan. Mostró su tarjeta de identidad y entró coa el profesor en el laboratorio. Era de los pocos jefazos que podía cruzar el sagrado umbral de aquel recinto. Regan habló unos momentos en privado con Mercier en el vestíbulo, al otro lado de la puerta metalizada a prueba de bombas. Luego salió, me palmeó la espalda y me preguntó:

—¿Alguna dificultad? ¿Le han atendido bien?

—Sí, sí. Estoy perfectamente.

—Bien, me alegro. —Luego con una sonrisa agregó—: Ya ve que estamos bien protegidos. En realidad su presencia aquí no sería necesaria. Pero no queremos decepcionar a su gobierno. —¿Mi gobierno?— la aseveración de Regan me hizo arquear las cejas.

—Sí, claro. Insistieron mucho en tenerle siempre al lado de Mercier. Espero que cuando regrese pueda informarles de que nuestros sistemas son perfectos. En fin... por nosotros no quedará, que siga usted bien...

Regan desapareció al interior de su coche y yo paseando por la inmensa explanada me sumí en un enorme lío.

¿Quién decía la verdad y quién mentía en aquel sitio tan perfectamente guardado?

Bueno... Tengo que referirme a la conversación de la tarde anterior en la granja abandonada, por lo tanto voy a retroceder.

Bien... Cuando Longar me dijo textualmente «LE NECESITO PARA QUE QUITES DE EN MEDIO AL PROFESOR MERCIER», no se movió ni un solo músculo de mi cara. Luego reaccioné.

—¿Es una broma?

La respuesta fue tan fría que me dejó helado a pesar de la estación.

—Es en serio. Si todo sale bien cobrará usted cien mil dólares. Además de lo que ya ha percibido. Ahora, antes de que pueda oponer nada tengo que advertirle, primero: Oficialmente pertenece usted a nuestra organización. Si intenta salir no conseguirá llegar a ninguna parte a menos que primero haya cumplido a rajatabla nuestras instrucciones y segundo si intenta explicar a nadie esta amigable conversación que sostenemos ahora se reirán de usted. Su palabra contra la de toda una organización carecerá por completo de validez y por supuesto correrá unos riesgos que no podrá superar... A cambio piense en el dinero. Es la muerte o la fortuna. ¿Quiere elegir?

—Pensé que la CIA obraba de distinto modo.

—Olvídese ahora de la CIA.

—Creí que usted...

—Yo pertenezco a una organización. Me limité a recomendarle.

—¿Recomendarme?

—Organización interna.

—En concreto. Estoy atrapado.

—Es usted un hombre ambicioso. Tenemos un completo historial de su persona.

—¡Qué rápidos!

—Tuvo dificultades en Inglaterra y solicitó el pasaporte francés,

pero antes se pasó por Suiza y allí organizó un cierto lío con un Banco al que pretendía cobrar un talón falsificado. Tenemos alguna prueba. Oficialmente está usted catalogado como aventurero con escasa fortuna, un vividor. El oficio de detective privado en París le proporcionó algún dinero a causa del chantaje que sometía a sus víctimas. Utilizó una profesión digna para su lucro personal. Veamos. Año 1967, es contratado por un tal *monsieur* Duvallier para vigilar a su esposa. Terminó usted conquistando a la mujer y luego sacándole dinero. Escándalo cancelado para no provocar otro mayor. Un año más tarde un caso similar con el multimillonario Sege Delafor...

—No siga —corté—. Conozco el historial de primera mano.

—A nosotros no nos asusta el escándalo, Preston. —Bueno. Lo confieso. Soy un pequeño canalla pero no utilizo más armas que las de mis enemigos. No hago las leyes. Vivo de ellas.

—De acuerdo. Usted no querrá que su historial sea dado a la publicidad... incluso después de muerto.

Sonreí.

—Es curioso. Me contratan en París para proteger a Mercier y me pagan por ello. Ahora vuelven a darme más dinero para fingir una nueva protección y por fin vuelven a pagarme para que le elimine. ¿No es gracioso? —Es productivo.

—Sí.

—En fin. ¿Vayamos con el asunto?

—Una pregunta primero. ¿Cómo estaban ustedes al corriente de... mi modesta persona?

—La persona que le contrató a usted en París pidió consejo a los Servicios de Seguridad de la capital francesa. Ellos recomendaron a usted. Nosotros al saberlo nos apresuramos a completar la información que poseíamos.

—Supongo que no hay salida. Adelante. ¿Cuándo tengo que cargarme al profesor, y dónde?

—Eso lo sabrá a su tiempo.

—Con la organización que tienen podría hacerlo cualquiera de ustedes.

—No, Preston. Necesitamos un responsable. Usted. Sólo usted en este recinto puede atentar contra Mercier.

—Van a echarme los perros sobre mi persona.

—Por lo que cobra justo es que corra los riesgos. —Oiga. No es tan fácil salir de aquí. Usted debe saberlo.

—Cuando tengamos el cadáver del profesor se le dará un tiempo para que emprenda la huida. Luego todo dependerá de su habilidad.

—Lo dicho —repetí convencido—. Me echarán los perros.

—Su huida será la prueba principal de su culpabilidad.

—¿Y hasta dónde cree que podré llegar?. —Esto usted debe verlo. Organícese. Hágalo pronto. Búsquese algún medio de salir de aquí.

—No puedo salir. Es una cárcel.

Pida permiso a Regan. Mañana es domingo. En el laboratorio no se trabaja. Además... confían poco en usted. Le han admitido por recomendación.

—¿Recomendación? ¿De quién?

—Mía. Soy uno de los enlaces con su país.

—¡Dios mío!

—Bien. La huida es cosa suya, pero ya recibirá nuevas instrucciones. Puede que todo resulte más fácil de lo que imagina...

CAPÍTULO XIII

En Valencia eran las 4 de la tarde. Las cuatro PM que diríamos en California. Y la pareja Paul y Claudine habían almorzado en uno de los restaurantes de la playa de Malvarrosa. Paul aguardaba órdenes que no llegaron hasta el anochecer en forma de vuelo con escalas que concluyó en el aeropuerto de Manises.

El personaje llegado al Levante Palace, cerca de la estación central del ferrocarril o estación del Norte, como la llaman por allí, se encontró como por casualidad con la pareja francesa. El hombre pertenecía al servicio de seguridad francés.

—Estén preparados para viajar a Estados Unidos en cuanto reciban la orden en clave. Un telegrama, una postal o una llamada telefónica. La clave será: «Felices vacaciones en España y buen viaje de regreso». Haga su reserva, Paul, viajarán juntos. —¿Podré ver a mi padre?— preguntó Claudine.

—Por supuesto, señorita, ambos verán al profesor Mercier. Precisamente ése será el motivo del viaje... cuando llegue el momento. Preocúpense de los billetes enseguida. El resto de las instrucciones las recibirán oportunamente. Pase lo que pase su enlace será un hombre llamado Regan. Es el responsable directo en Estados Unidos de la seguridad del profesor.

—¿Cómo está papá ahora, lo saben? —volvió a preguntar Claudine.

—Pues bien... al parecer bien —sonrió el enlace—. ¿Qué es lo que temen exactamente? —intervino Paul.

—Yo no sé mucho de todo esto, pero por lo poco que he podido sacar en claro es que el asunto ha tomado otras proporciones... Que intentan eliminar al profesor por el asunto de su descubrimiento es obvio, pero además pretenden sacar partido de ello.

El de la seguridad francesa prosiguió:

—Muerto su padre, de una forma discreta piensan sustituirle por un doble a fin de introducirle en el laboratorio secreto de California para averiguar otros secretos allí guardados para beneficio de potencias enemigas.

—No debieron permitir que saliera de Francia —arguyó Claudine.

—Créame, señorita Mercier. En ningún sitio estará tan seguro como donde está en estos momentos.

—¿No tienen confianza en sus propios servicios? —comentó ella en tono hiriente.

—Por completo, señorita Mercier, pero el peligro para su padre es de por vida. ¿Comprende? Hubiéramos tenido que vigilarle constantemente y al menor descuido... Bien, para resumir les diré que las personas de la organización que pretenden terminar con el secreto descubierto por su padre tienen su sede en Estados Unidos, y la única forma de conjurar el peligro es descubrir a esa gente, desenmascararlos, romper la organización. Su padre, en cierto modo, ha servido de cebo. —Dios mío. Entonces... su vida peligra más que nunca.

—Mire, señorita... esperemos que todo salga bien.

En cualquier caso es mejor atacar el mal por su raíz. Descubrir dónde está para ponerle remedio. Su padre lo comprendió así. Para él lo que importa es la ciencia por encima de todo. Allí continuará sus investigaciones. Señores, tengo que regresar.

Celebro haber hablado con ustedes.

Paul y Claudine se quedaron solos en el bar del hotel. El trató de tranquilizar a la muchacha.

—¿Sabías algo de esto? —inquirió Claudine.

Paul asintió con la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tu padre hacía tiempo que quería aceptar la invitación que le habían hecho. Cuando empecé a sospechar que la serie de muertes en torno suyo no eran casuales y le hablé de ello reflexionó seriamente. Entonces llegó la propuesta para que aceptara la invitación. Nadie le mintió. Sabía que iba a ser el cebo con que atrapar a la organización.

—¿Y ese hombre... el detective que contrataste?

- Preston. Me lo recomendaron.
—¿Tienes confianza en él?
—Tengo confianza en quienes me lo recomendaron.

* * *

Sí. Todo el mundo esperaba mucho de mí, pero la verdad es que si Paul y Claudine hubieran conocido las órdenes que tenía con respecto del profesor habrían lanzado un S. O. S.

para que todo el mundo supiera que yo me había convertido ya en el verdugo de la persona a quien se suponía debía proteger.

Sólo necesitaba la orden.

Y las cosas se precipitaban. Como si alguien quisiera facilitarme la fuga para cuando llegara el momento, Regan, mi jefe oficial en aquel asunto me ordenó a través del teléfono privado que me entrevistara con él a unos sesenta kilómetros del laboratorio, justo aquel domingo a las diez de la mañana.

Que Regan era el mandamás se daba uno cuenta al comprobar que una orden suya era cumplida a rajatabla.

Me entrevisté con él en un lugar que era lo más parecido al desierto.

Una urbanización que no había llegado a buen término y que ofrecía un aspecto de total abandono, con casas a medio construir y calles aún sin asfaltar fue el marco de nuestra entrevista.

Elegimos lo que sin duda estaba programado como garaje. No había testigos, estábamos Regan y yo solos.

—¿Quiere echar un vistazo a esto, Preston? —Y Regan me mostró media docena de fotografías tomadas en primer plano. No era difícil reconocer la persona retratada.

—El profesor —murmuré.

Mercier aparecía con sus expresiones más características.

Mi interlocutor negó con la cabeza.

—No, amigo mío. Éste no es el profesor.

—¡Es idéntico!

—Lo sé. Se trata del hombre que piensan colocar en su lugar.

—Increíble...

—Bueno... Hoy en día existen máscaras para maquillaje que

obran milagros. Quiero que esté prevenido. Guarde esas fotos, estúdielas. No pierda detalle de los gestos más característicos de Mercier.

No le pierda de vista a él.

—Ahora no estoy a su lado.

—No se preocupe. La vigilancia de su vivienda ha sido reforzada... Cuando pretendan sustituirle tendrá que ser fuera de allí, una llamada, un aviso...

Puede que le ataquen a usted...

—Usted tiene una gran confianza en el sistema de protección de la zona de los laboratorios.

—Sabemos que hay infiltraciones.

—¿Traidores en la CIA?

—Llámelo como quiera. Trabajamos en compartimientos estancos. Una sección desconoce lo que hace la otra. Existe secreto absoluto para todo y hay gente que se vende y gente a la que se puede comprar. Puede que sea un error del sistema, pero los resultados finales deciden; tantos éxitos y tantos errores.

Pensé en las órdenes recibidas por Regan y me sonreí interiormente al darme cuenta de que había bastantes cosas que fallaban en la organización. Regan estaba hablando precisamente con «alguien» del bando opuesto. Ese alguien era yo.

Podía decirle la verdad en aquellos momentos, pero me abstuve de hacerlo. Sé que me habrían hecho volver allí, sé que mi vida habría corrido tanto peligro como la del profesor Mercier, como la de quienes le habían precedido en la larga lista de muertes «por accidente».

No. Preferí callarme. Si tenía alguna oportunidad de vivir no era precisamente hablando.

—Destruya esas fotografías antes de regresar, Preston. Y no vacile en comunicarse conmigo si algo le parece anormal en el comportamiento de Mercier o si ocurre algún incidente por pequeño que sea. Asentí.

—Bien. Si algo de eso sucediera no hable directamente conmigo. Pídame una cita. Los informes diarios que le pedí son pura rutina. Los extraoficiales me los da personalmente. Allí todo está vigilado.

Eso fue todo, y de regreso me pregunté:

—¿Si todo está vigilado como pretenden suplantar al profesor?

Sí. Había cámaras de televisión, micrófonos, medios de espionaje a cada palmo de terreno, rayos que se entrecruzaban para detectar y destruir a cualquier intruso. Radar para los helicópteros, sistemas de defensa para casos de ataque abierto. Destruí las fotografías después de haberlas repasado.

¿Que por qué tenía tanto trabajo si un día u otro recibiría la orden de matar a Mercier?

Me reí no sin cierta amargura al pensar que tal vez sería yo mismo el encargado de tomar parte activa en la suplantación de Mercier.

Miré por última vez las fotos... ¡Había un defecto en una de ellas! ¡Cielos! ¡Era terrible!

El color de los ojos del profesor —del falso profesor—. Sin duda la persona destinada a suplantarle había olvidado algo. Precisamente el color de los ojos.

Los ojos de Mercier eran marrón oscuro. Estaba seguro de ello y los retratos que tenía en mis manos... los ojos eran más bien claros. En cualquier caso distintos.

Por el detalle iba a reconocer enseguida cuál era el auténtico y cuál el falso... si es que pensaban suplantarlo sin mi concurso.

Penetré al otro lado de la zona sagrada. Todo estaba en calma. Todo hasta que sonó la sirena de la ambulancia.

Me hice a un lado cuando vi venir a los motoristas escoltando y abriendo paso al vehículo sanitario. Me detuve y vi pasar al cortejo. Luego aceleré y al llegar a la base inquirí al guardián de la casa.

—¿Ha ocurrido algo?

—Uno de los profesores ha sufrido un ataque cardíaco, lo han llevado al hospital.

—¿A qué profesor?

—Alsius Morano es su nombre.

No. No era el «mío».

Subí al piso superior y llamé a la puerta de Mercier. —No puedo abrirle ahora. Me estoy dando un baño— oí su voz a través de la puerta.

—Bien, bien, no importa. Supongo que ya sabe lo ocurrido a su colega.

—¿Qué?

—Nada, nada. Ya nos veremos durante la cena.

—Me metí en mi habitación y encendí un cigarrillo. Tenía la sensación de que algo iba a ocurrir y muy pronto... Era como haber lanzado una bomba al aire y estar aguardando a que estallara en alguna parte.

CAPÍTULO XIV

Y la bomba estalló.

Fue después de mediodía. Una gran explosión puso a prueba los servicios de seguridad. Una enorme humareda se levantó hacia el cielo al final de una mañana de calma bochornosa.

Algo había ocurrido en una de las plantas aisladas. Bomberos y todo el retén se dirigieron al lugar del siniestro.

Mercier salió de la habitación y me crucé con él en el rellano.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Pero no se mueva de aquí.

—No, por supuesto.

Salí al exterior y consulté con la mirada al guardián de turno que levantó los hombros ante mi muda interrogación.

Las sirenas de alarma podían oírse a varios kilómetros a la redonda y las sirenas de los coches de emergencia del retén de vigilancia de la entrada Norte de la zona sonaban ya por la carretera.

Entre el maremágnum que el siniestro había originado vi aparecer a Longar. Se me acercó.

—¿Es obra suya? —pregunté por lo bajo.

Me deslizó algo en el bolsillo. Luego, sin mirarme, murmuró:

—Mézclole con cualquier alimento que tome el profesor. Esta tarde le sacaremos de aquí.

No contesté. Por fin había recibido la orden. Más deprisa de lo que yo mismo esperaba.

Seguramente en mi rostro se produjo la duda.

Alguien gritó.

—Es en la planta número dos. No hay víctimas. —Que funcionen los extractores. Hay que averiguar las causas— decía uno de los

jefes. —No he preparado mi huida, Longar. Estoy demasiado vigilado.

—De momento no será necesario.

—Pero...

—A las cuatro debe salir de aquí Mercier y no precisamente por su propio pie... Si algo falla usted ocupará su puesto. ¿Comprendido?

Estaba bien claro. Debía matar o morir.

—Empiece a actuar. Ahora mismo. Muévase. Me separé del grupo. Longar avanzó para reunirse con otros hombres mientras los extractores de humo funcionaban a tope para despejar el interior del local siniestrado.

Me encerré en mi habitación y saqué la «cosa» que Longar había deslizado en mi bolsillo. Era una pequeña ampolla de inyectable en cuyo interior se hallaba un líquido incoloro.

Consulté el reloj. Eran las doce y media. El profesor no tardaría en bajar a la cantina a comer o tal vez pediría que le sirvieran un pequeño refrigerio en su habitación. Tragué saliva.

Lo que tenía que hacer debía hacerlo entonces, sin vacilar porque me hallaba metido en una ratonera sin salida posible. Estaba convencido de que el mundo entero sería pequeño para ocultarme si decidía desobedecer la orden recibida.

Me dirigí a la habitación del profesor. —¿Ha averiguado lo ocurrido? Estoy pidiendo información pero nadie sabe nada— y señaló el teléfono por el que había estado llamando. —Parece que ha sido fortuito. No hay víctimas— contesté con naturalidad. —¿Quiere que le acompañe a la cantina?

—No, no. He pedido que me suban un bocadillo y una cerveza. No tengo mucho apetito, quiero terminar unas cosas que estaba haciendo.

—¿Le molesta que me quede?

—¡Oh, no! Usted nunca molesta. Siéntese si quiere y hágase subir algo.

—No. Iré más tarde a... la cantina.

El camarero no tardó en aparecer con la bandeja de madera y un bocadillo de tres pisos a base de pan inglés, hortalizas y carne. Una botella de cerveza y un vaso envuelto con papel precintado, garantía de su esterilización, completaban el refrigerio. El hombre

dejó todo sobre la mesita y se marchó. El bocado envuelto en papel de plástico igualmente precintado mostraba todas las garantías de higiene. En la cocina había una inspección especial para vigilar las comidas y comprobar su calidad y sobre todo su absoluta inocuidad. En otras palabras. No había —o no parecía existir— temor alguno de que alguien pudiera manipular y mezclar algún veneno en ellas.

Pero el sistema tenía sus fallos. Y ese fallo lo estaba acariciando yo en mi bolsillo.

—¿Quiere abrirme la cerveza, Preston? Tomaré un poco.

Hoy tengo más sed que apetito.

¿Se pueden pedir mayores facilidades para matar a un hombre?

Descorché la cerveza y llené el vaso hasta la mitad. Mientras lo hacía con la mano derecha, la zurda metida en el bolsillo de mi chaqueta cortaba una parte del cristal que cerraba la ampolla de líquido incoloro. Para que ese líquido quedara libre de su pequeño recipiente tenía que cortar por el otro lado para que la entrada del aire lo expulsara.

Me volví hacia el profesor que a su vez me daba la espalda sentado frente al buró adosado a la pared, muy ensimismado en sus apuntes.

Saqué la ampolla oculta en la palma de la mano.

Mercier se volvió en aquellos momentos y sonrió:

—Es curioso. Según esos datos, mis colegas de estos laboratorios han descubierto una subfórmula antiparasitaria muy similar a la aparecida en Francia en fechas aproximadas, sin que hubiésemos tenido ningún contacto previo.

—Asociación de ideas —dije simplemente.

—No es la primera vez. Se pasan años estudiando cosas y llegan por conductos distintos sin que exista plagio.

Bueno. ¿Me da esa cerveza?

Mercier se volvió ajustándose la montura de sus gafas. Yo... avancé mi mano hasta situarla sobre el vaso que sostenía con la otra.

Hice Una pequeña presión con los dedos y el cristal de la ampolla se rompió expulsando el líquido que inmediatamente se mezcló con la dorada cerveza.

Aproximé el vaso al profesor mirándole fijamente.

—Gracias, Preston. Gracias.

Iba a beber con avidez, pero aún permaneció un segundo mirándome con su habitual sonrisa benigna. Se llevó el vaso a los labios y la llamada telefónica impidió que tomara el primer sorbo.

—¡Mercier! —Oí la voz que llegaba del otro lado del hilo—. El señor Regan pregunta si puede usted recibirle.

—Oh, sí. Que suba.

El profesor pareció olvidarse de la cerveza y yo me quedé mirando el frasco como un idiota.

Sólo hacía unas horas que había dejado a Regan en aquella ciudad a medio construir y abandonada. ¿Qué motivo le había impulsado a ir a hablar directamente con el profesor?

¿Si tenía algo que comunicarle porque no me lo dijo a mí?

¿Acaso no se fiaba?

Regan entró tras llamar con los nudillos.

—Adelante —invitó Mercier.

La cerveza seguía en el vaso muy cerca del profesor.

CAPÍTULO XV

Volvamos a Valencia siguiendo el orden cronológico.

Allí eran las siete de la tarde.

Los periódicos llevaban la noticia en la columna de sucesos:

«Asesinato en el expreso Barcelona-Sevilla»

Luego se daba el nombre de la víctima: Claudine Mercier, y por las huellas de sangre halladas en la alfombra del corredor del tren se sospechaba que el asesino había sido a su vez herido por su víctima. Las declaraciones del interventor se basaban en el hombre que había visto cerca de la puerta del compartimiento de Claudine de quien daba la descripción añadiendo que a su juicio se trataba de un extranjero.

Paul guardó el periódico bajo el brazo y pagó el cartón de tabaco que había comprado en el bar del aeropuerto. Luego comprobó los pasajes sin fecha que había adquirido a su nombre y al de Claudine «Laforge». No quería usar el nombre de Mercier en absoluto. Ella debía seguir estando «muerta».

Salió para regresar al hotel donde la muchacha le aguardaba utilizando el coche que había alquilado para sus desplazamientos.

Al ir a ponerlo en marcha, algo impidió que el motor funcionara. Lo intentó un par de veces y salió dispuesto a levantar el capot por si podía localizar la avería. Una leve observación le dio la clave. Los cables estaban desconectados de la batería y no era casual.

Se volvió rápido para ver si tenía alguien cerca. Estaba convencido de que le vigilaban, pero no acertó a ver a nadie en concreto. Algunas personas salían del edificio, otros coches llegaban con gente.

Cerró el capot y comenzó a andar con los sentidos en tensión y aquella seguridad de que mil ojos estaban pendientes de él. Quizá el punto de mira de un arma le estaba encañonando desde alguna parte.

Un coche se aproximaba por la ancha calzada. Se puso en guardia. Quizá trataban de atropellarle. Corrió hacia un lado y el coche pasó de largo aminorando la marcha.

Conducía una mujer. Había sido una falsa alarma.

Un autobús de la compañía Iberia estaba en la parada a punto de partir para trasladar gente a la terminal. Como hacia él pero ya era demasiado tarde. El vehículo arrancó y Paul tuvo que esquivar otro coche.

—¿Cuándo sale el próximo autobús? —preguntó a la empleada del mostrador donde despechaban los billetes.

—Dentro de veinte minutos —le informaron—. ¿Quiere un billete?

—Sí, por favor. —Pagó sin dejar de escudriñar en torno suyo. ¿Dónde se ocultaba su enemigo?

¿Dónde?

Un par de hombres se acercaron al mostrador. Parecían andar por separado. Paul les observó unos momentos. Uno se quedó junto al quiosco de periódicos, el otro sacó algo del bolsillo y lo mostró a Paul.

—Policía —y guardando la credencial preguntó—. ¿Su documentación?

—Perdón. Soy extranjero.

—Tendrá el pasaporte.

—Pues. Está en el hotel.

—¿Qué hotel?

—El... Perdón. ¿Quiere volverme a mostrar su placa? —Creo que ya la ha visto la primera vez. Acompáñeme, por favor.

Lo primero que Paul pensó es que aquel tipo no tenía nada de policía y trató de eludirlo, pero al intentar escapar se encontró con el revólver que empuñaba el que se había quedado en el quiosco.

—¿Por qué tanta prisa? Sólo pretendemos hacerle unas cuantas preguntas. —Ustedes no son policías.

—En la Dirección General de Seguridad se convendrá de ello. Andando.

Paul se vio entre los dos hombres obligado a salir y luego fue introducido en un automóvil que lejos de enfilar hacia el centro de la ciudad tomo un desvío secundario en dirección a la carretera de la Albufera. Sentado junto al conductor y con la amenaza del otro individuo en el asiento trasero murmuró:

—Yo no veo que vayamos a ninguna comisaría. Es mejor que hablen claro. ¿Qué quieren de mí? No hubo respuesta. El conductor escudriñaba el panorama. La carretera estaba escasamente transitada. Hacia la izquierda había un desvío donde podía leerse: «Privado. Prohibido el paso». Estaban ya junto al lago, en un terreno húmedo. Diseminadas por el paraje se veían las clásicas barracas. El conductor aminoró la marcha. Pretendían parar. — Buscan el lugar solitario. ¿Eh?—. ¿Qué quieren de mí? —insistió Paul.

—No grite. Es inútil —dijo el que estaba a su espalda.

Todavía la luz del sol iluminaba el paraje, pero allí en aquel lugar no había nadie.

—Aquí es buen sitio —dijo el chófer. Paul volvía a hallarse en trance de muerte. Allí mismo podían dispararle y luego arrojarle al agua con algo atado en el cuerpo, para que su cadáver no pudiera salir a la superficie y tardara en ser descubierto.

De nuevo Paul tenía que luchar por la supervivencia. Sin dudarle pisó el pie del conductor obligándole a acelerar.

El conductor tuvo que centrar toda su atención en dominar el vehículo mientras gritaba a su compinche.

—¡Sácame a este loco de encima!

El que viajaba en la parte de atrás se abalanzó sobre Paul, pero éste para esquivar el peligro, además de seguir apretando con todas sus fuerzas el pie del chófer, utilizó las manos para obligarle a girar el volante.

La brusca sacudida a una velocidad de ochenta kilómetros por hora en un camino intransitable, mandó a que pretendía agredir a Paul contra el fondo del vehículo, mientras en la parte delantera Paul y el chófer sostenían una lucha sorda por el dominio del vehículo.

El de atrás recuperó el equilibrio, pero Paul acciono nuevamente el volante y el auto volvió a virar, esta vez bordeando peligrosamente el lago.

—Nos vamos a hundir. ¡Maldito! —chilló el chófer. A través del espejo, Paul vio cómo el que tenía a su espalda sacaba el revólver.

Iban a terminar con él allí mismo. Por ello puso todas sus fuerzas en la siguiente maniobra que realizó, que fue la de obligar al chófer a virar nuevamente hacia las aguas.

Aquella vez, a noventa ya el vehículo, el chófer no pudo dominarle. Cayó en el agua ante el grito desesperado del chofer y el intento de Paul de abrir la puerta para salir cuanto antes del coche, antes de que la presión del agua se lo impidiera.

La caída provocó la pérdida del revólver del que iba a disparar contra Paul que a cambio se abalanzó sobre él.

El auto iba hundiéndose en el agua rojiza del lago. Paul consiguió empujar a su enemigo y salió de forma casi inverosímil comenzando a nadar vigorosamente.

Trepó por la orilla resbaladiza observando que sus captores aún no habían aparecido.

Echó a correr cuando uno de ellos asomaba la cabeza y se procuraba aire, luego nadaba en busca de la salida.

El auto, al fondo del lago, conservaba en su interior a uno de los hombres que ya jamás podría salir con vida.

Paul siguió corriendo por el solitario paraje. A un centenar de metros le perseguía el otro con un arma de repuesto que esgrimía en su derecha. Paul alcanzó las proximidades de una barraca solitaria y recorrió el camino que daba acceso a la misma. Una vez allí se apostó en la pared trasera y aguardó acompasando la respiración.

Su enemigo alcanzó pronto el camino. Se detuvo jadeante. Estaba cansado pero evidentemente deseaba terminar su trabajo.

Algo más entero prosiguió el mismo sendero que había tomado Paul y se plantó ante la casa tratando de orientarse.

Avanzó con cautela. Paul podía percibir sus pasos y aguardó.

El sol declinando ya mandaba sus últimos rayos sobre las aguas, sobre el paisaje que cobraba una belleza de postal, pero ninguno de los dos hombres pensaba en la naturaleza en aquellos instantes. El que pretendía cazar a Paul asomó. Vio la sombra y quiso reaccionar, pero el joven ayudante de Mercier había calculado bien el golpe que soltó con el antebrazo al abdomen de su adversario que se inclinó lanzando un grito.

Con la zurda Paul remachó el ataque con un gancho en la mandíbula que lanzó a su enemigo contra el suelo.

La cabeza del hombre chocó contra algo duro y quedó inconsciente.

En el interior de los bolsillos del tipo, Paul encontró una carta de identidad francesa. Tomó nota del nombre y volvió a dejarla en su bolsillo, luego regresó al hotel.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Claudine al verle llegar mojado todavía y sucio de barro—. Tenemos que irnos de aquí, Claudine. Si averiguan que vives, la muerte de Claire no habría servido para nada.

CAPÍTULO XVI

Pero durante el tiempo que en Valencia ocurría esto, también en la zona militar donde yo me hallaba sucedían cosas...

Por de pronto Regan tenía una noticia que comunicar a Mercier.

—Se la diré mientras damos un paseo en coche.

Usted puede venir también, Preston. Comprendí que Regan temía que sus palabras pudieran ser escuchadas.

—Cuando quiera podemos dar ese paseo. ¡Oh! Quizá he interrumpido su comida, profesor. —Eso puede esperar. Lo que de veras ha interrumpido ha sido mi sed.

Y tomó el vaso.

Yo iba a decir algo pero me limité a sonreír... Tenía que seguir adelante.

El profesor se llevó definitivamente el vaso a los labios y comenzó a beber.

—Perdón —dijo deteniéndose un instante—. No les he invitado. No he sido muy correcto.

—Déjese de cumplidos, profesor —repuso Regan. Del vaso lleno del dorado líquido apenas quedaron un par de centímetros.

Temí una reacción fulminante que pudiera comprometerme delante del jefe. Allí todo el mundo era desconfiado por naturaleza, por eso observé atenta y disimuladamente las reacciones de Mercier. Se comportó con naturalidad como si el líquido que yo había mezclado en la cerveza fuese totalmente inocuo.

Salimos al exterior y nos subimos al auto de Regan.

—¿Le importa conducir usted? —me pidió.

Accedí. Ellos se sentaron en el asiento trasero.

—¿Qué es lo que tenía que decirme? —dijo Mercier—. Quizá se entere usted por conducto oficial de la muerte de su hija.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió el profesor.

—Sólo le pido que si le llega dicha noticia finja el natural dolor, pero no crea ni una sola palabra.

—¡Oh! No consigo entender.

—Muy fácil. Sus enemigos, profesor, creen haber eliminado a su hija, pero quien ocupaba su puesto era otra muchacha de la seguridad francesa. Desgraciadamente murió. Son gajes del oficio. Todos los que hemos elegido esta profesión estamos expuestos a ello.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—No se preocupe. Hace tan sólo dos días pero su hija está bien y para mayor seguridad la traeremos aquí, junto con su ayudante.

—Me encantaría poder contar con Paul —repuso el profesor.

—Bien. Haremos las gestiones necesarias. Y ahora, Preston, recorramos un par de kilómetros para que de la sensación de que estamos paseando. No se lo van a creer, pero que se fastidien. Esta noticia es personal y nadie debe saber la verdad de lo ocurrido en España.

El profesor iba a decir algo pero de pronto se llevó la mano a la cabeza.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Regan. Y lo observaba a través del retrovisor.

—No, no. Un ligero mareo.

—Necesita comer —repuso Regan.

—Será mejor que regresemos, Preston... Me sentiré mejor —en casa.

—Desde luego. Puede regresar.

La faz de Mercier se había vuelto pálida. —¿Sigue encontrándose mal?— inquirió Regan cuando daba la vuelta para regresar. —Pues sí. Es una estupidez. Nunca me había ocurrido.

—Vaya deprisa, Preston. Si no se calma avisaremos su médico.

—Es extraño... Siento como si... —Enmudeció de repente. Su tez era blanca como el papel.

Perdió el sentido.

Minutos más tarde, el médico diagnosticaba sin demasiada seguridad.

—Son todos los síntomas de un colapso. Tiene el pulso muy débil y ahora sigue bajo los efectos del *shock*. No puedo hacer otra

cosa que administrarle un reactivo. De todos modos sería mejor llevarlo al hospital.

—Avisaré a la ambulancia. ¡Preston! Usted vendrá conmigo. Esto no me gusta.

—¿Cree que ha podido ser provocado? —inquirí para ver qué opinaba Regan.

Me miró fijamente.

—Eso podría contestarlo usted mejor que yo. Se supone que no se ha movido de su lado. —Excepto esta mañana, Regan. Recuerde que estuvimos juntos.

Poco después Regan citaba al guardián que estuvo durante la mañana quien aseguró:

—No ha entrado nadie, señor. Absolutamente nadie.

El profesor tampoco se movió en absoluto de la casa. Desde que salió el señor Preston hasta que regresó puedo asegurar que el profesor Mercier no tuvo contacto con nadie, al menos personalmente. —Puede tratarse de algo puramente natural— argüí.

—Sí, claro —repuso Regan.

Luego la ambulancia se puso en marcha igual que la vi cuando regresé de mi entrevista con Regan. Empezaba a comprender el plan. Necesitaban un pretexto para sacarle de allí... con vida. Luego en el hospital efectuarían la suplantación. De momento pues... si las cosas no se complicaban yo no corría peligro y además, salía de aquella cárcel.

A decir verdad quería olvidarme de todo. Lo sentía por Mercier y por la suerte que iba a correr, pero entre su vida y la mía la elección no era dudosa. Esto puede parecer egoísta, pero me hubiera gustado ver a otro a mi lado... y además con un buen fajo de billetes que me permitirían organizar mi vida algo mejor. Recurrimos la zona a gran velocidad y poco después cruzábamos la bien protegida puerta metálica.

CAPÍTULO XVII

Introdujeron a Mercier directamente en la sala de urgencias donde fue examinado de inmediato por un especialista cardiólogo bajo la mirada de Regan y la mía propia.

El médico, que únicamente se valió de los servicios de una bonita enfermera que actuaba con mirada grave, aplicó algunos medicamentos por vía inyectable. Hizo exploraciones radiológicas y al fin murmuró:

—Le mantendremos en observación. Puede quedarse alguien de vigilancia, pero fuera de la habitación que le será asignada.

—¿Es grave? —inquirió Regan.

—No puedo diagnosticar. Los síntomas son... —Y aquí se extendió en una serie de tecnicismos que dado el complicado lenguaje médico no logré entender.

Terminó diciendo:

—Necesitaría conocer su historial médico. ¿Alguien puede facilitármelo?

—Habría que pedirlo a París —dije yo.

—Si se puede evitar mejor que todo quede entre nosotros.

—Particularmente no creo que sea grave. Un súbito descenso de la tensión, puede justificarse dada la profesión del paciente. Horas de trabajo, es posible que se olvide incluso de comer, sumido en sus experimentos... y luego la carga constante de ideas que hacen trabajar su cerebro con el consiguiente desgaste... En fin, señores, espero que dentro de las veinticuatro horas siguientes pueda darles mejores noticias.

—Doctor. Quisiera examinar la habitación a la que van a trasladar al profesor.

—¡Grace! —ordenó el doctor a la enfermera—. Muéstreles la

habitación.

Observé el airoso andar de la muchacha delante de mí. Tenía un movimiento rítmico, gracioso y andaba erguida como a mí me gusta que anden las mujeres. Ya sé que todo esto de la enfermera es anecdótico, pero es que en aquellos momentos me preguntaba si ella también estaba metida en el asunto, porque evidentemente la estancia de Mercier en el hospital no era sino el truco para sustituirle y me preguntaba también cómo iban a hacerlo.

Claro que me dejaron a mí como guardián. —¿Podrá aguantar toda la noche, Preston?— me preguntó Regan. —Preferiría no tenerle que sustituir durante esta noche por lo menos. Si Mercier tiene que permanecer más días aquí, le prometo mandarle relevo.

—Aguantaré esta noche —aseguré.

—Bien. Diré que pongan a su disposición el café que necesite para evitar el sueño.

—Bueno, ya me darán alguna pócima si no puedo resistir —sonreí.

Me quedé solo y esperé que ocurriera algo.

Ocurrió a medianoche. Dos hombres con bata blanca y parte del rostro cubierto por sendas mascarillas de las que usan los cirujanos en los quirófanos avanzaron empujando una camilla. En la camilla iba un hombre. La enfermera del andar ondulante iba con ellos. Se detuvieron frente a la habitación que yo custodiaba. Uno de ellos hizo una señal, el otro me observó fijamente. Yo guardé silencio. ¿Qué podía decir? Entraron en la habitación con la camilla. El rostro del hombre que iba en ella estaba casi cubierto por una sábana.

Iba a entrar con ellos.

—No, Preston. Usted siga ahí —me dijo una voz a través de la mascarilla.

La enfermera salió dejando dentro a los dos hombres. Me miró, le devolví la mirada. Evidentemente la muchacha estaba vigilando el solitario corredor. No cruzamos ni una sola palabra durante los tres minutos exactos que los dos sanitarios estuvieron dentro de la habitación.

Salieron con la camilla en la que seguía estando un hombre. Ahora ya no llevaba el rostro cubierto totalmente. Era Morder.

Los hombres prosiguieron empujando la camilla hasta

desaparecer por una puerta al fondo.

Al quedarme a solas entré en la habitación con algún sigilo. Me aproximé a la cama que seguía ocupada por un paciente.

Era idéntico a Mercier, pero...

Me fijé en sus ojos. Los tenía del mismo color que había visto en las fotografías que me mostró Regan en la mañana del domingo.

Entonces me convencí plenamente. Habían efectuado la suplantación, y el profesor Mercier que estaba ahora en la cama del hospital era falso.

Todo iba saliendo de acuerdo con los planes de Longar.

Yo había cumplido mi parte. Ahora sólo ansiaba ir libertad. Largarme con el dinero y allá cada cual con sus problemas.

CAPÍTULO XVIII

Mercier fue dado de alta aquella misma mañana. No estuvo ni siquiera las veinticuatro horas. Estaba muy animado cuando Regan insistió en acompañarle personalmente. Yo regresé con ellos al volante del automóvil.

Pero si en California eran cerca de las diez de la mañana del lunes, en Valencia, España, los relojes marcaban ya alrededor de las diecisiete. Es decir, las cinco de la tarde.

Paul tomó sus precauciones al dirigirse al hotel. Dio un buen rodeo por la ciudad, observando siempre detrás, delante y por los lados.

No. No le seguían en aquellos momentos, y así pudo llegar al Levante Palace para dirigirse a la conserjería.

—¿Ha llegado algo para mí? Soy Paul Laforge. —Sí. Un telegrama. Aquí está—. El conserje le entregó el papel en el que Paul leyó la contraseña: «Felices vacaciones en España y buen viaje de regreso».

Era el aviso para ponerse en marcha hacia los Estados Unidos.

Lo más peligroso sería cruzar Valencia hasta el aeropuerto, sin protección y con algún asesino en potencia al acecho.

Paul regresó al nuevo hotel donde se había instalado con la hija de Mercier desde la noche del domingo.

—Voy a llamar al aeropuerto para saber la hora exacta de nuestro vuelo, no quiero que andemos exhibiéndonos. Podría ser peligroso.

—¿Sabes algo de papá?

—No. Únicamente que pronto nos reuniremos con él...

Alguien le hubiera podido preguntar a Paul en aquellos momentos: ¿Reunirte con Mercier, dónde?

¿En el otro mundo?

Ellos también caminaban directos a una trampa. Cuando Paul supo la hora exacta del vuelo pidió un taxi. El mismo llevó el breve equipaje y cruzando la acera de la calle Colón como una exhalación subieron al vehículo.

—Al aeropuerto. —Luego informo a la muchacha—: El próximo vuelo directo sale de Barcelona. Si tomamos el avión de las seis llegaremos a tiempo para el enlace. Ya tengo las reservas.

—¿A qué hora llegaremos a Nueva York? —inquirió ella.

—Son cerca de ocho horas de vuelo, pero hay que descontar la diferencia horaria. Calculo que estaremos en los Estados Unidos más o menos sobre la medianoche.

—¿Y a California?

—Eso va depende de los vuelos. Pero mañana verás a tu padre.

Paul se volvió hacia atrás para asegurarse de que nadie les seguía.

Había bastante circulación por el centro y el taxi no pudo correr hasta que alcanzó la carretera del aeropuerto.

Entonces se fijó en el coche matrícula francesa. Seguía la misma ruta que ellos y parecía procurar no perder contacto.

—Vaya algo más despacio, por favor —pidió Paul al chófer.

Cuando el conductor obedeció Paul pudo observar como el auto que venía detrás, un «Renault» gris, aminoraba también.

—¿Nos siguen? —inquirió ella.

—Me temo que sí —y alzando la voz añadió—: Pise a fondo, no quiero perder el avión. El conductor movió la cabeza de un lado a otro como si pensara: «Quién entiende a esa gente». Cuando el auto se detuvo frente al edificio el «Renault» o hizo unos metros más allá. El chófer se quedó en el volante sin bajar. Paul pagó y entró rápidamente al vestíbulo.

El conductor del «Renault» salió en aquellos momentos del vehículo y avanzó sin excesivas prisas.

Paul se acercó al mostrador de la compañía aérea con la que tenía concertado el vuelo.

—¡Oh, señor Laforge! —dijo la azafata—. Dejaron esto para usted.

Cumplimentó los pasajes mientras Paul rompía el sobre en el que había una nota escrita.

El del «Renault» entró en el vestíbulo.

—¡Paul! —susurró ella.

El altavoz anunció:

«Señores pasajeros para el vuelo con destino Barcelona y Madrid, sírvanse situarse por la puerta número cuatro para ser acompañados a la pista.» El del «Renault» había metido su mano en el bolsillo.

Paul recogió los pasajes y protegió con su cuerpo el de la muchacha.

Alguien iba a tropezar con la pareja. Era un hombre alto que pareció tambalearse. Cayó casi delante de Claudine.

Una mujer lanzó un grito al ver la sangre que surgía del cuerpo del hombre que acababa de caer para quedarse inmóvil en el suelo.

—¡Este hombre está muerto!

Paul tiró de Claudine hasta la salida que había sido anunciada y ya fuera, camino del aparato que aguardaba con los motores en marcha, leyó en voz alta:

—«Tendrán protección. Su hombre es Marcel». —Buenas tardes — dijo una voz a su espalda. Claudine se volvió ahogando una exclamación. ¡Era el hombre que les había seguido con el «Renault»! Y el hombre, sin apenas despegar los labios añadió: — Soy Marcel. Espero que tengamos un buen viaje todos.

—¿Qué le ha pasado a aquel individuo? —inquirió a media voz.

—Un accidente. Ustedes m siquiera se habían dado cuenta. Era uno de ellos, si no llego a intervenir me parece que estos momentos serían ustedes quienes estarían allí tendidos.

—¡Dios mío! ¡Iba a matarnos! —descubrió Claudine.

Afortunadamente cuando el avión remontó el vuelo dejaron atrás a todos los enemigos. Al menos los que les habían seguido hasta Valencia, pero ¿y en Barcelona? ¿Y durante el largo viaje hacia el otro lado del Atlántico? La trampa se iba cerrando...

CAPÍTULO XIX

En las instalaciones mistares de aquella zona de California los relojes señalaban la hora del mediodía. Paul y Claudine estaban ya volando sobre el Atlántico, nosotros. —Regan, yo y el falso profesor — nos hallábamos reunidos en el apartamento de Mercier quien manifestó:

—Me gustaría empezar a trabajar.

—Nada más sencillo, Mercier. Si se siente con ánimos.

—Completamente... Aun no comprendo cómo pudo ocurrirme.

—Bien, Preston, acompañe usted al profesor. Yo ya no tengo nada que hacer aquí. Al menos de momento.

Me llamó aparte para decirme, ya en el rellano de la escalera:

—Todo normal ¿verdad?

—Absolutamente —mentí.

De haberle dicho que aquel hombre no era Mercier me exponía a estropearlo todo cuando ya presumía que se acercaba el final. No. No estaba tan loco como para firmar mi propia sentencia de muerte. Realicé la rutina de acompañar a Mercier hasta el vestíbulo. Evidentemente nadie notaba la diferencia.

Bueno, debo añadir algo que estaba a punto de olvidárseme y es de suma importancia.

Resulta que cuando Regan se despidió y el profesor quedó a solas, al volver estaba en el lavabo. Curioseé entre sus cosas y encontré algo... unas lentillas del color de los ojos del profesor. Estaban metidas dentro de un sobre, y sin duda el falso Mercier se las colocó porque cuando le acompañé al laboratorio sus ojos habían adquirido un tono más oscuro.

Insisto en que el detalle era nimio, pero en esto puedo considerarme un técnico.

Bien. Al quedarme solo tomé el coche y enfilé hacia la granja. Llegué sin dificultad y nadie me preguntó. La granja me pareció del todo vacía. Empujé la puerta que no estaba tampoco cerrada con llave y eché un vistazo al interior. Todo estaba más o menos igual que como lo había visto la primera vez, sólo que no había nadie.

Al menos eso creí hasta oír la voz, acompañada de un chasquido inconfundible.

Alguien me estaba encañonando por la espalda. La voz me preguntó:

—¿Qué hace usted aquí, Preston?

Me volví. Regan era quien me encañonaba. —¡Oh, es usted...!— traté de disimular. —Bueno... Como no tengo nada que hacer estoy curioseando—. ¿Curioseando?

—Bueno. Intento familiarizarme con toda la zona.

—No mienta, Preston —me increpó duramente—. No es la primera vez que ha estado usted aquí.

Buscaba a alguien.

—Le aseguro que no...

Regan colocó un silenciador en su revólver.

Aquello no me gustó en absoluto.

—Su nombre, Preston. El nombre de la persona que ha hecho tratos con usted.

Me pregunté si Regan sabía algo o estaba intentando asustarme para que hablara.

—No sé de qué me habla.

Entonces sonó algo así como un golpe, como si alguien hubiese tropezado. Vi moverse una sombra en la parte de atrás en la segunda sección que formaba la sala principal de la granja. Regan disparó y a pesar de que el cañón de su revólver dejó escapar un poco de humo no surgió la menor detonación.

Alguien gritó en la oscuridad y oí el pesado choque de un cuerpo al caer en el suelo después de tropezar con alguna caja.

Yo también me lancé al suelo porque a partir de aquel instante, aun sin oírse, todo el recinto comenzó a oler a pólvora producida por macabros chasquidos que surgían de todas partes. Regan se parapetó detrás de una columna y sólo disparaba cuando tenía el blanco seguro. Otro cuerpo cayó sobre las tablas, y un nuevo y certero disparo de Regan arrancó el último grito de alguien que

asomó por el alto de la escalera. Yo iba a sacar mi revólver por si acaso y vi el arma de Regan volverse hacia mí.

Luego sentí un dolor en el brazo. ¡Me había disparado!

—¡No! —grité al ver que Regan seguía apuntándome.

Todo oscureció de repente.

CAPÍTULO XX

Desperté en una cama extraña y tras unos momentos de incertidumbre logré poner en orden mis ideas. Recordé perfectamente lo ocurrido antes de ver avanzar hacia mí la recia figura de Regan.

Hablamos a solas.

—No he querido matarle, Preston —soltó sin preámbulos—. Me limité a causarle un rasguño. —¿Con qué dispara, Regan? Tengo la cabeza hecha polvo. ¿Cuántas horas he permanecido inconsciente?

—Tres horas, y no se preocupe por la herida. No es nada, pero necesitaba tenerle dormido mientras concluía el informe. Ahora sólo me falta su versión. —Balas especiales, ¿eh? Además de herir, adormecen— murmuré.

—Y matan si es necesario. Los que atentaron contra mí no han salido tan bien librados. Todo esto armará un gran revuelo, pero tenía que ocurrir. Ya le dije que siempre se producen infiltraciones. No sé cómo entraron esos tres hombres que estaban en la granja pero quiero saber quién les dirige. Y usted lo sabe.

—Yo no sé nada —intenté mentir lo mejor posible.

—Longar, ¿verdad? —Lanzó Regan.

—No sé quién es Longar.

—Lo sabe perfectamente. Fue la primera persona con la que habló a su llegada a Nueva York. —¡Oh! Yo creía que era el coronel—. Seguía despistando, pero no era fácil engañar a Regan y empecé a temer seriamente por mi futuro. —Acabemos ya, Preston. Yo te tenía toda mi confianza. Pero usted se dejó engatusar por Longar.

¡Confíeselo!

Será mucho mejor. No espere que él le proteja. ¡Vamos! Cuénteme la verdad. ¿Qué le propuso Longar?

—Nada. Se lo aseguro.

—Preston. Usted no se da cuenta. Puedo hacer que no vuelva a levantarse jamás de esta cama... ni que salga de esta zona por su propio pie.

Me tenía entre dos fuegos, pero preferí seguir con la boca cerrada.

—Haga lo que quiera, Regan. Me está bien empleado todo por meterme en camisa de once varas. Nunca debí haber aceptado este trabajo. —Está bien, Preston. Siga con su comedia. Acaba de firmar su sentencia. Ha dejado escapar la mejor oportunidad—. Me saludó con la mano con un gesto definitivo.

Mi vida en aquellos momentos valía muy pocos centavos.

* * *

Aquella misma tarde alguien llamó a Mercier por la línea privada, mientras el profesor estaba en el laboratorio.

Una voz le dio instrucciones.

—Las cosas podrían complicarse. Debes tener mucho cuidado.

—No deberías llamarme aquí —musitó el falso Mercier.

—Esta línea no está intervenida.

—Bien. Acabemos cuanto antes con todo. Me siento como si estuviese sentado sobre un barril de pólvora.

—Procura dominarte, Wally. Lo peor ha pasado ya.

Lo importante es no perder la serenidad. El comunicante de Mercier siguió hablándole por espacio de medio minuto y luego ambos colgaron.

Al día siguiente recibí la visita de «Mercier».

—Venía a ver qué tal se encuentra mi fiel guardián. Me han dicho que había sufrido un accidente. A mí me venían ganas de arrancarle la máscara que tan hábilmente llevaba puesta.

—Bueno, hombre... es fácil tener un accidente.

—Procure cuidar mejor su voz, «profesor». —Ya sé que no tengo por qué fingir contigo. Sólo he venido a prevenirte. Menudo lío armaste ayer.

—Siga hablando y verá lo que ocurre.

—Aquí no hay peligro. Estoy seguro.

—¿Quién diablos es usted?

—Je, je... Intrigado, ¿eh?

—Debería cuidar mejor su aspecto y no olvidarse de sus lentillas.

—Eres muy observador, muchacho.

—Bueno, suéltelo ya. ¿Qué demonios le trae por aquí?

—Regan ha hecho un informe. No tiene pruebas contra nadie y debe andarse con pies de plomo.

Según parece se cargó a tres tipos.

Decididamente, aunque su voz a veces sonaba como la de Mercier, su forma de expresarse dejaba bastante que desear. Dejé que prosiguiera. Era interesante, al menos para mí.

—Esos individuos los introdujo alguien para espiar pero no se sabe quién, pero acabarán averiguándolo. De momento parece que Regan no te menciona a ti, pero las cosas se te van a poner difíciles.

—¿Qué sugiere... que me largue?

—Hummm. Sería lo mejor. Intentaré echarte una mano.

—¿Usted?

—Trabajamos para el mismo dueño. Bien. Ya tendrás noticias.

—Oiga... Necesito un coche y algo más... Que no se les olvide —y froté el índice contra el pulgar. Era un gesto universal.

El «profesor», con su mal acento francés, murmuró:

—Claro, muchacho, claro...

* * *

Lo más importante de todo ese asunto en su fase final ocurrió al día siguiente con la llegada de Paul y Claudine a Los Ángeles.

Un par de agentes especiales les estaban aguardando.

—Vengan con nosotros, por favor. Les llevaremos directamente a los laboratorios.

Los dos hombres acompañaron a la pareja hasta el coche. Allí aguardaba un tercer personaje. Ese hombre que se hallaba sentado en la parte posterior del coche no era otro, ni más ni menos que Longar.

Sí, sí, el hombre que me contrató para que matara al profesor.

La trampa estaba a punto de cerrarse.

El coche se puso en marcha en dirección a la zona militar, mientras Longar departió con los recién llegados...

CAPÍTULO XXI

Mercier se preparó para la comedia. Tenía que recibir a su hija con toda dignidad y demostrar el afecto y la alegría que le producía reunirse nuevamente con ella y también con su ayudante.

No lo hizo del todo mal.

Paul y Claudine, una vez en la habitación del profesor, y en presencia de Longar y de Regan cambiaron las primeras impresiones.

Supongo que de cuando en cuando los dos gerifaltes intercambiarían miradas taladrantes.

Regan pidió a la cantina que trajeran algo de beber, pero la muchacha declinó la invitación alegando cansancio.

—Bueno, les hemos preparado alojamiento —dijo Regan—. Si me permiten, yo mismo les acompañaré.

Claudine había sabido comportarse con exquisita naturalidad, pero una vez fuera de la habitación no pudo evitar el desaliento. Una vez en el interior estalló:

—Ese hombre no es mi padre. Estoy segura. Le imita a la perfección, pero no es mi padre. Longar tenía la mirada puesta en Regan que murmuró:

—¿Está segura de lo que dice?

—Completamente, señor.

—¿Sabe algo de esto, Longar? —inquirió Regan—. Este asunto lo ha llevado usted personalmente —fue la seca respuesta.

—Bien... tengo que rogarles que no digan una palabra a nadie de este asunto. Tendremos que obrar con mucho tacto.

—¿Sugiere que haga algo, Regan? —preguntó Longar.

—Nada por el momento.

—Bien, Regan. En este caso voy a regresar. La misión sigue

siendo suya.

—¿Tiene mucha prisa, Longar?

—Aquí cada cual tiene su trabajo. Adiós, Regan. La sequedad entre ambos hombres era evidente. Regan observó como el coronel se reunía con sus hombres y luego desaparecían dentro del automóvil que les había llevado hasta allí. Luego el propio Regan acompañó a la pareja a la edificación destinada a invitados y personal ajeno a las instalaciones. Antes de dejarles manifestó: —Bien... Es posible que el profesor prefiera tenerle a su lado, señor Laforge.

Claudine intervino.

—¡No es mi padre! ¡Insisto!

—Cálmese, señorita. Oficialmente para todo el mundo el profesor seguirá siendo el auténtico Mercier. Cualquier indiscreción podría resultar fatal. Confíen en mí.

—Perdone que haga una observación, señor Regan... Aquí ocurre algo. ¿Usted sospechaba...? —Por favor, no hablen. Es importante que permanezcan callados y se comporten con naturalidad.

—Pero... —Iba a protestar Claudine.

Su prometido la atajó:

—El señor Regan tiene razón. Ellos saben cómo llevar el asunto. No se preocupe, señor, seguiremos las instrucciones al pie de la letra.

Fue entonces cuando sonó la hora final. O mejor expresado: La hora penúltima.

Dos agentes fueron en mi busca para sacarme de la enfermería.

—¿Puedo saber dónde me llevan?

—Alguien quiere hablar con usted. De negocios... Deduje que por fin quien me Labia metido en aquello me iba a sacar.

Me maravilló bastante y me extrañó aún más al ver la facilidad con que aquellos hombres me sacaban de allí. En parte debía sentirme tranquilo, pero... Pero entretanto Regan había entrado en una de las salas privadas del laboratorio y allí sostuvo una reveladora conversación con Mercier.

—Bueno, Wally, dame toda la información que has conseguido.

Sí... Muy sorprendente que Regan conociese perfectamente la identidad del falso profesor. Confieso que me había engañado de medio a medio. No es que me importara el hecho de haber

trabajado para un traidor a la causa de la CIA pero ahora resultaba que el verdadero traidor era nada menos que Regan. El hombre fuerte.

—¿Por qué tanta prisa? —inquirió el «profesor»—. Claudine no te ha reconocido. Y ha dicho ante testigos que tú no eras Mercier. Mientras consiga que permanezcan callados seguiremos con las manos libres, pero nos queda poco tiempo.

—A ti sobre todo, Regan...

—Tú estás metido en esto más que nadie.

—¿De veras lo crees así, Regan?

—¡Vamos! Deja de decir tonterías. Necesito los datos que te pedí... Ésta ha sido la gran oportunidad de mi vida. Y la tuya también, en cuanto hayamos terminado desaparecerás para siempre. Sacaremos al verdadero Mercier, aparecerá despeñado en cualquier precipicio y el asunto jamás será investigado a fondo.

—¿Y qué hay de la chica y de Paul?

—Bueno, alguien se encargará de ellos por lo de las drogas...

—No, Regan, aquí termina tu misión.

—¿Eeeeh?

El profesor se aproximó al de la CIA y alargó la mano para decir:

—Vamos... Toca mi cara. Comprueba si llevo una máscara.

—No comprendo... —O tal vez Regan estaba llegando a la verdad demasiado tarde. Mercier prosiguió:

—No soy Wally. Soy Mercier. Mi hija ha fingido en honor tuyo, para que cayeras en la trampa y quisieras precipitar el final. Era el único modo de desenmascararte.

—¡No! —Naturalmente Regan intentó sacar un arma, pero una voz surgió a su espalda. La de Longar—. Quieto, Regan.

Se volvió.

Con Longar se hallaban otros hombres. Todos armados.

—No lo entiendes, ¿verdad, Regan? —preguntó fríamente Longar.

Y antes de que pudiera contestar añadió:

—Sospechaba de ti, por eso en el mismo aeropuerto de Nueva York sustituí al profesor por otra persona, para que desde el primer momento siempre conocieras al falso Mercier. Sabía que desde el principio tú intentarías eliminarle y colocar allí a un hombre de tu confianza para suplantarle. Claro que de todos tus manejos no tenía

ninguna prueba, era necesario cogerte con las manos en la masa.

Tras una pausa Longar siguió:

—Debo reconocer que fuiste bastante listo y nos ganaste por la mano en Los Ángeles, tardé sólo un día en descubrirlo... —Y dirigiéndose a Mercier añadió—: Sí, profesor, durante la estancia en la villa que le fue asignada en Los Ángeles, Regan creía que de veras tenía en sus manos al verdadero Mercier y allí mismo le asesinó. Utilizó un veneno muy activo y metió el cuerpo en una cámara frigorífica.

»Cuando Preston acudió a la villa para custodiar a Mercier, a quien realmente custodió fue al hombre que Regan había puesto en su lugar. Un actor conocido por Wally... y al decir conocido me refiero en los tribunales de justicia. Paul y Claudine habían entrado en la sala acompañados por otro par de agentes y hasta aquel momento permanecieron en silencio. Paul lo rompió para terciar.

—¿Y Preston no se dio cuenta?

—Preston no conocía a fondo al profesor, y aparte, tenga en cuenta que esos maquillajes plásticos son tan perfectos que es imposible distinguirlos a menos de ser un consumado experto.

Regan vencido, murmuró:

—Temía que planearas algo. Fue en el hospital, ¿verdad?

—Sí, Regan. Me serví de Preston. Tiene un historial bastante sucio y le obligué a actuar a mi favor. Necesitaba poner de nuevo en su sitio al auténtico Mercier. Era un riesgo que el profesor aceptó, un riesgo mínimo porque tú, Regan, estabas convencido de haber eliminado al verdadero Mercier. En fin, por eso facilité a Preston una droga que se limita a producir un sopor que llega hasta la inconsciencia. El resto es fácil. El médico y la enfermera estaban avisados sobre lo que tenían que hacer y decir. Luego, sustituir a Wally por Mercier, fue cosa hecha.

Yo, Preston, podría añadir por mi cuenta que lo de las lentillas de contacto fue otra comedia que Mercier representó en mi honor para confundirme, pero dejemos que sea Longar quien siga explicando el penúltimo capítulo de la historia.

—Por cierto que Wally sigue con vida y para evitarse perjuicios mayores está dispuesto a declarar. Lo siento Regan. Has perdido.

Se hizo un silencio. Regan fue sacado de la estancia por una puerta secundaria.

Claudine corrió a abrazarse a su padre.

—¡Dios mío! Y pensar que Preston no hubiera vacilado en matarte...

—Éste es un capítulo aparte, señorita. Pero el señor Paul Laforge le contrató porque así se lo aconsejaron las autoridades de su país. ¿No es así? —En efecto, señor. Sabía que no se fiaban de él y consideraron que el único medio de tenerle vigilado y poderle controlar era precisamente ponerle al lado del profesor. Si pretendía algo contra él se encontraría con las manos atadas porque precisamente se le había encomendado la misión de vigilarle. Cualquier atentado contra su persona le habría comprometido seriamente, pero para mayor seguridad, el servicio secreto de mi país puso a otra persona para la seguridad personal del profesor.

Persona desconocida incluso por el propio Mercier.

¿No es cierto?

El aludido asintió añadiendo:

—Paul me explicó el asunto y me recomendó que tuviera especial cuidado con Preston, que no tomara ninguna bebida que él me ofreciera, y que evitara comer con él. Tenía a un posible asesino a mi lado y el mejor medio de vigilarlo era tenerle cerca.

—Entonces Preston es... —empezó la muchacha—. No es misión de mi grupo meterme en la lucha contra las drogas, no obstante estoy informado de que en Francia se han efectuado algunas detenciones con respecto a los asesinatos habidos por esa causa. En cuanto a Preston lo pondremos a disposición de la Interpol por si creen que puede tener algo que ver.

Y ahora les dejo, señores. Supongo que querrán celebrar su reencuentro. Puedo asegurarles que a partir de ahora gozarán de la más absoluta inmunidad.

Pero temo que por una vez Longar se equivocaba. En la carretera, cerca del cruce con la granja, había un automóvil oculto y en el interior del mismo se encontraban dos agentes muertos.

La voz de alarma tardó bastante en llegar. Alguien que conocía bien los sistemas los había desconectado. Ese alguien, naturalmente, era uno de los cómplices de Regan, que además había conseguido libertarle. Ahora andaban ambos por la zona.

¿Dónde estaban?

CAPÍTULO XXII

Mientras subían a la vivienda del profesor, Claudine y Paul comentaban los últimos acontecimientos.

—No es extraño que Regan recomendara en todo momento que Preston no se separara de mí. En realidad quería estar al tanto de cualquier anomalía que pudiera ponerle en evidencia a él. Últimamente tuvo un encuentro en una vieja granja de la zona. Mató a tres hombres y trató solapadamente de acusar a Longar para crear la confusión, pero él sabía que el cerco se iba estrechando cada vez más a su alrededor.

Claudine comentó que Longar durante el trayecto les había dado instrucciones y...

—Desde entonces mi angustia aumentó. Temí que pudiera ocurrir lo peor.

Paul adujo:

—Ya oíste a Longar. Ahora todo ha terminado.

Habían llegado a la vivienda. Allí les esperaba alguien. Les esperaba yo.

Les amenacé con un revólver provisto de silenciador.

—No. No ha terminado. Al menos para mí. Tengo una misión que cumplir.

—¿Qué significa esto? —exclamó Paul. Me sonreí. Yo estaba armado y él no. Nada podía contra mí—. Significa que ahora les tengo juntos a los tres. Sé que estoy perdido, pero me queda una posibilidad de huir. Regan anda suelto. El pudo librarse de sus guardianes y yo hice lo propio con los míos. Sí, Regan es un buen elemento. Ojalá hubiese pactado con él. Fue un error al pensar que Longar me convenía. Claro que... no tenía opción. Tampoco me importaba demasiado perjudicarlo a usted, profesor. En realidad

usted iba estado viviendo de propina durante varios años. Mi misión era eliminarle, y a ustedes dos también.

—¡Preston! ¿Usted...? —empezó Claudine.

—Soy el ejecutivo de una poderosa organización...

Sí, profesor, yo hice que acabaran con sus colegas... Claudine y Paul tuvieron más suerte y usted también, Mercier, pero la buena suerte no dura siempre. Lo siento. Es cuestión de ética. Esto no hace ruido. No sufrirán ningún daño.

Paul observó la proximidad del conmutador de la luz, y no vaciló en precipitarse hacia él para accionarlo. Me dejé sorprender estúpidamente.

—¡Al suelo! —gritó.

La habitación se llenó de fogonazos. Paul, jugándose el todo por el todo, se lanzó contra mí. Fue una lucha a muerte en la oscuridad. Por mi parte intenté ir vaciando el cargador. Paul retorció el brazo en el que había recibido el rasguño que me hizo Regan y lancé un grito al tiempo que me sentí empujado hacia la ventana.

Me deshice de mi adversario, pero en mejor disposición que yo me soltó un directo que... luego supe me había hecho pasar a través del hueco de la ventana.

Cuando caí contra el suelo no sentí nada porque había perdido el sentido a causa de aquel golpe de Paul que consiguió salvarle la vida a ellos a cambio de mi perdición.

* * *

Cuando llegó la ayuda, Paul ya no la necesitaba.

Acaso el profesor Mercier a quien uno de mis disparos en la oscuridad había herido en un brazo.

Para ellos todo acabó bien.

En cuanto a Regan se organizó una batida para dar con él. Hubo intercambio abundante de disparos. Regan se metió por la zona no señalizada con flechas verdes y alguien arregló el contacto. Pueden imaginar lo que ocurrió. Tanto Regan como su último compinche fueron prácticamente volatilizadas.

Mejor para la CIA. Informe archivado.

Ahora quedo yo... Termino mis memorias en la Santé... Sí, la cárcel donde espero a que llegue mi último día.

Sí. La guillotina sigue funcionando en Francia. Yo la probaré. Lástima que ya no podré contar mis experiencias.

* * *

Han pasado tres meses, los periódicos traen la breve reseña que todo el mundo ha podido leer porque la noticia ha traspasado todas las fronteras. Posiblemente también en China la hayan leído.

Un asesino ha muerto en la guillotina. Se llamaba Preston.

Mataba a sueldo por cuenta de quien se había propuesto acabar con todos los posibles conocedores de la antidroga.

El periódico silencia el nombre de algunas personalidades detenidas. Preston, antes de morir, reveló nombres. No todos por supuesto. Hay demasiada gente metida en esto... por suerte para los chinos. Para los productores en general de la nefasta hierba.

Pero ¿y el profesor Mercier?

¿Y Paul y Claudine?

¿Acaso no siguen corriendo peligro?

Cualquiera puede proseguir la tarea exterminadora.

EPÍLOGO

No. Ellos tres pueden estar tranquilos. El secreto del descubrimiento del profesor Mercier ya es del dominio de todos los medios científicos. Ahora habría que matar a demasiada gente.

Paul y Claudine no piensan en ello. Se han casado en la mismísima Notre Dame.

Ahí están iniciando su viaje de novios, sólo que ahora es ya el umbral del invierno. En París hace frío.

—Quiero volver a España —murmuró ella en la agencia de viajes.

—¿Por qué no? Ahora todo será distinto... aunque no podamos bañarnos ni hacer esquí acuático.

—Eso no importa.

El la atrajo hacia sí nuevamente. La dependienta de la agencia sonrió pensando en algo tan francés y tan universal como el amor.

En el laboratorio, Mercier trabaja con un nuevo equipo de hombres jóvenes.

Alguien le preguntó.

—Entonces... la fórmula es completamente inocua.

—Sí —asintió Mercier.

—¿Y es verdad que si se toma neutraliza los efectos dañinos que pueda proporcionar cualquier alucinógeno?

—Esto se ha demostrado.

—Entonces ya no habrá problemas. Sólo consumirán drogas los idiotas.

—Eso ya no es asunto mío, querido amigo.

—Le veo pesimista.

—Yo creo en la humanidad, muchacho, pero no hasta el punto de pensar que no exista un elevado tanto por ciento de estupidez

entre los mortales. Y luego, como queriendo aclarar sus propias manifestaciones, concluyó:

—Pienso que también existen muchos medios para evitar males de otras clases. Sin embargo son muy pocos los que los usan. En esto puede ocurrir lo mismo. El vicio ofrece un poder demasiado tentador. El deseo de probar una sensación nueva es fuerte quizá porque nosotros los primates seamos precisamente más débiles de lo que imaginamos. Un tren llevaba a los recién casados por las rutas del amor, encerrados en su compartimiento, abrazados uno junto al otro. No necesitaban de drogas para obtener el placer.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.